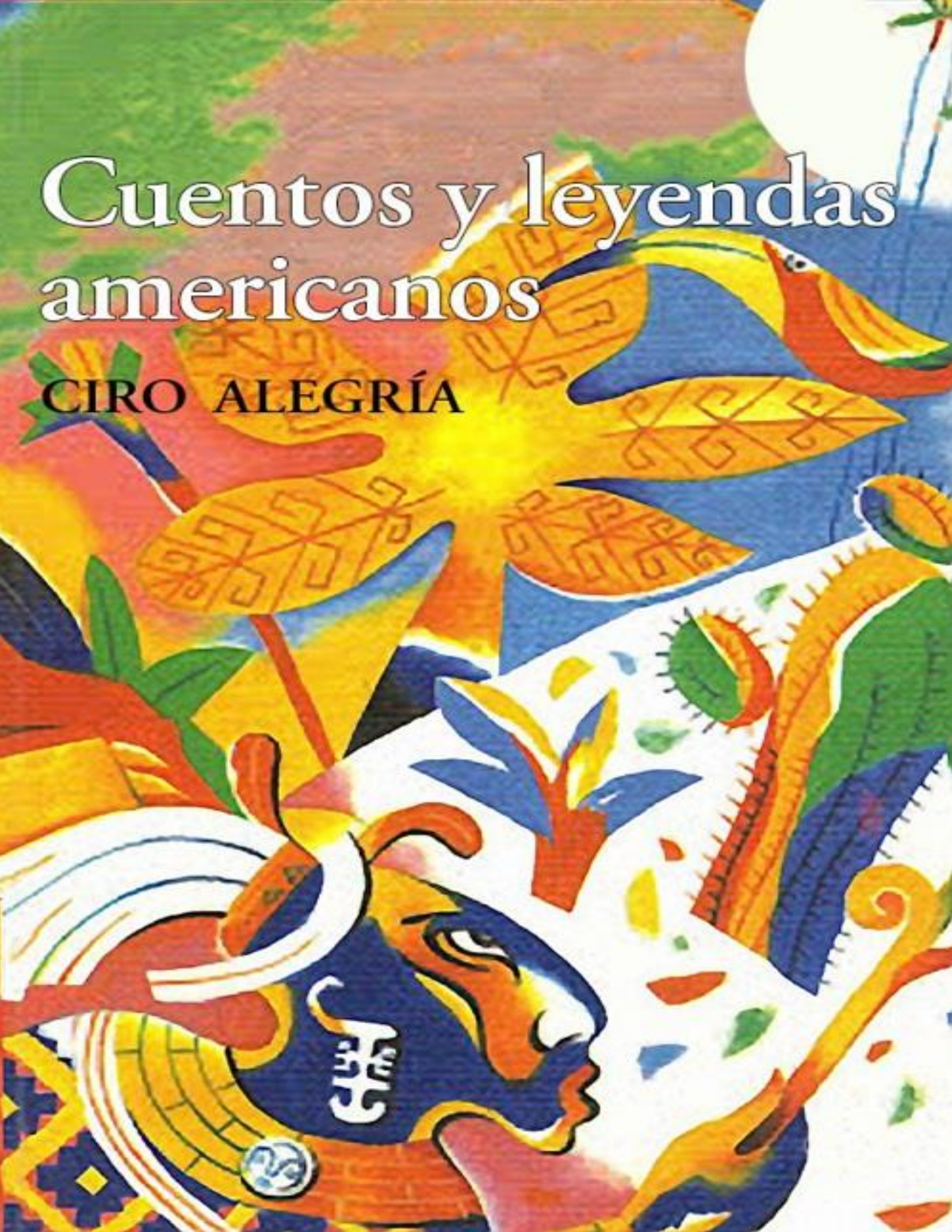


Cuentos y leyendas americanos

CIRO ALEGRÍA



Los cuentos y las leyendas que componen esta antología se inspiran en el folklore indígena americano y describen una naturaleza exuberante, grandiosa en sus proporciones y en la diversidad de sus paisajes. Las antiguas y poderosas culturas inca y azteca, entre otras, perviven en estas historias que también reflejan muchos aspectos de la vida cotidiana del indio y de su sentido mágico de la vida, donde predominan la imaginación y la fantasía para explicar la realidad.

Ciro Alegría

Cuentos y leyendas americanos

Los relatos de esta antología de *Ciro Alegría* pertenecen a varios de sus libros: *Panki y el guerrero* y *El sol de los jaguares* (cuentos), *La serpiente de oro*, *Los perros hambrientos* y *El mundo es ancho y ajeno* (novelas).

Cuentos y leyendas de América

El sapo y el urubú

CHILE

¿Saben, niños, por qué el sapo tiene manchas y protuberancias en el lomo? Pues porque se golpeó.

Antes de tal accidente mostraba, sin duda, una espalda pulida y lustrosa, de la cual se enorgullecería ante los otros animales acuáticos, pues ya sabemos que el sapo anda siempre hinchado de vanidad.

Sucedió que el sapo y el urubú, o sea, el buitre, fueron invitados a una fiesta que se iba a realizar en el cielo de los animales.

El urubú, después de hacer sus preparativos, fue donde el sapo con el fin de burlarse de él. Lo encontró entre los juncos de un charco, croando de la manera más melodiosa que le era posible. Es que estaba adiestrando la voz.

—Compadre —le dijo el urubú—, me han contado que irás a la fiesta del cielo.

—Desde luego —contestó el sapo, muy satisfecho—, saldré mañana temprano hacia allá. Me invitan debido a mi gran habilidad de cantante...

—Yo también iré —afirmó el urubú, para que el sapo se dejara de jactancias ante un testigo que lo iba a sorprender mintiendo.

—¡Magnífico! —exclamó el sapo—, y espero que estarás ensayando tu instrumento.

Se refería a la guitarra, a la que era muy aficionado el urubú.

Como éste lo mirara un tanto asombrado, pues no esperaba tales alardes, el sapo agregó, dándose importancia:

—Sí, compadre, iré. Una ascensión me será bastante útil para el vigor del cuerpo y el esparcimiento del espíritu, pues la vida rutinaria me disgusta...

Enseguida volvió las espaldas al urubú y siguió croando a voz en cuello. Al oírlo se estremecían hasta los juncos.

El urubú se quedó convencido de que el sapo era un gran farsante.

Al otro día, muy de mañana, el urubú estaba posado en la rama de un arbusto y se

alisaba las negras plumas, preparándose para el viaje, cuando se le presentó el sapo. La guitarra se encontraba en el suelo, ya lista, pues el urubú la estuvo templando durante la noche.

—Buenos días —saludó el sapo.

—Buenos días —le contestó el urubú, con cierto tono de burla.

—Como yo avanzo con mucha lentitud —exclamó el sapo—, he resuelto irme primero. Así es que ya nos veremos. Hasta luego...

—Hasta luego —respondió el urubú, sin mirar al sapo, y pensando que salía con esa propuesta para escabullirse por allí y no quedar en vergüenza.

Pero lo que hizo el sapo fue meterse, a escondidas, en la guitarra.

El urubú se pasó el pico por las plumas hasta que quedaron relucientes y, enseguida, cogió su instrumento y levantó el vuelo.

Entusiasmado como iba con la perspectiva de la fiesta, no advirtió que su guitarra tenía más peso que el de costumbre. Volaba impetuosamente, y pronto dejó tras de sí las nubes y luego la luna y las estrellas.

Al llegar al cielo, que, como ya hemos dicho, era el cielo de los animales, le preguntaron por el sapo.

—¿Creen que va a venir? —contestó el urubú—. Veo que ustedes se han olvidado del sapo. Si en la tierra apenas marcha a saltos, ¿piensan que puede remontarse hasta esta altura? Es seguro que no vendrá...

—¿Por qué no lo trajiste? —demandó el pato, que tenía cierta simpatía por el sapo debido a su común afición al agua.

—Porque no acostumbro cargar piedras —respondió el urubú. Dicho esto, dejó a un lado su guitarra y, esperando que llegara el momento de la música, se puso a conversar con el loro.

Entonces el sapo salió de su escondite y apareció de improviso ante la concurrencia, más hinchado y orgulloso que de costumbre. Como es natural, lo recibieron con gran asombro, en medio de aplausos y felicitaciones. Al mismo tiempo, se reían del urubú. Alguien contó, por lo bajo, la forma en que viajó el sapo, y el urubú, al notar que rezongaban de él, se sentía muy incómodo.

Después comenzó la fiesta.

Repetimos que ése era el cielo de los animales. Todos estaban allí felices y

contentos.

El burro ya no sufría los palos del amo ni el caballo los espolazos, pudiendo ambos estar quietos o galopando según su gusto.

El león conversaba tranquilamente con la oveja, que disfrutaba de un verde prado.

Del mismo modo, el puma se entendía bien con el venado, y el ñandú corría solamente cuando se le antojaba, pues no había allí gauchos que lo persiguieran con boleadoras.

Los monos tenían árboles cuajados de frutos, que compartían con pájaros felices, pues nadie les robaba sus nidos.

En fin, no había animal que se encontrara triste, por falta de alimentos o por la persecución de otro animal o del hombre.

Las palomas revoloteaban sobre ese cuadro de felicidad, llevando en el pico la rama del olivo de la paz con más éxito que en la tierra.

Para mejor, todos se dedicaban a cultivar el canto, el baile o el instrumento de su preferencia. Y era precisamente para lucir sus habilidades que se realizaba la fiesta.

Llegado el momento, el elefante soplaba el clarinete, los pájaros hacían sonar las flautas, la serpiente de cascabel agitaba uno muy grande, la jirafa se entendía con el saxófono, el grillo tocaba su violincito de una sola cuerda y la tortuga golpeaba el bombo con mucha compostura.

En cuanto a canto, el león rugía una melodía severa y profunda, el caballo relinchaba un aria, el gato maullaba una patética serenata, y el gallo, de todos modos, lo hacía mejor que cuando quiso actuar en Bremen.

No nos hemos olvidado del burro, que tiene también potente voz, pero haciendo honor a su nombre, no había logrado perfeccionarse, por lo cual los demás animales le pidieron que no desafinara. Estaba por allí tocando, discretamente, el triángulo.

La música celestial contaba también con el silbo, a cargo de la vizcacha, que lo hacía tan bien como el mirlo.

Quien bailaba era el oso, bamboleándose muy gustosamente, sin tener que obedecer ya el látigo del gitano.

También hacían piruetas los monos, a quienes fue imposible sujetar, y ni qué decir que las ardillas se movían más que nunca.

Desde luego que el buitre, invitado para refuerzo de la orquesta, rasgueaba su

guitarra con gran entusiasmo, y el sapo, que era partidario de formar un orfeón, daba unos «do de pecho» con una voz de tenor bastante apreciable.

A todo esto, el loro hablaba y lanzaba vivas en todos los idiomas.

El sapo no las tenía todas consigo pensando en la vuelta y por eso, aprovechando un momento en que eran mayores la alegría y el alboroto, se metió de nuevo en la caja de la guitarra.

Terminada la fiesta, nadie notó su ausencia a la hora de despedirse. Nadie, salvo el urubú, que le guardaba rencor por haberlo puesto en ridículo.

Éste echó a volar al fin hacia la tierra y, como ya estaba receloso, advirtió el mayor peso de su instrumento.

Como no residía de firme en el cielo, tenía aún malos sentimientos, y se propuso vengarse del sapo que, por la misma razón de no vivir allí, se encontraba aún a merced de las trapacerías de sus enemigos.

El urubú voló sin hacer ninguna investigación hasta que le fue posible distinguir el suelo. En ese momento estaba también bajo la luna y, dando inclinación a la guitarra para que la luz entrara en la caja, distinguió al pobre sapo acurrucado en el fondo de ella.

—Sal de ahí —gritó el urubú.

—Por favor, no me eches —rogó el sapo, angustiosamente.

—¿No eres capaz de volar hasta el cielo? Sal, sal pronto —insistió el urubú.

—No, no puedo salir, porque tú me arrojarás... —se lamentaba el sapo.

El urubú continuó exigiéndole que saliera, cosa que no pudo conseguir, pues el sapo, de ningún modo quería exponerse a caer. Por último, el urubú volteó y agitó la guitarra hasta que consiguió disparar por los aires al clandestino ocupante.

El sapo movía las patas, cayendo vertiginosamente.

Por mucha que fuera la velocidad, la distancia era también muy grande, y el choque demoraba. El pobre sapo tuvo entonces tiempo para pensar y lamentarse:

—Ojalá no caiga en rocas ni piedras —decía—. Ojalá caiga en una laguna..., o en arena..., o en blanda yerba...

El urubú, entretanto, le gritaba:

—¡Qué rápido vuelas!... ¡Sin duda fue un águila tu madre!...

El pobre sapo ni le oía.

En cierto momento le pareció que caería en una laguna, pero un ventarrón lo alejó, haciéndole perder esa esperanza.

Luego creyó que se precipitaba sobre un prado, y, por último, sobre un frondoso ombú; mas siguió apartándose de la dirección de estos lugares.

Ahí estaban unos largos y duros caminos. Ahí, unos roquedales. Ahí, el patio de una casa.

Descendía dando volteretas, pues el viento arreció. Por último, cerró los ojos, prefiriendo no ver el sitio en el cual iba a estrellarse.

Al fin llegó. Se dio contra el suelo, de espaldas, en un lugar lleno de piedras.

Quedose sin sentido y, cuando despertó, andaba rengueando más que nunca, y pasaron muchos días antes que se repusiera completamente.

Pero el golpe había sido tan fuerte que la espalda le quedó para siempre manchada y llena de protuberancias.

He ahí, pues, la razón por la cual el pobre sapo tiene tan fea presencia. También dicen que debido al golpe se le malogró la voz, pero esto no se puede asegurar.

El tigre negro y el venado blanco

BRASILEÑA DE ORIGEN GUARANÍ

El tigre negro, el más feroz y vigoroso de los animales de la selva, buscaba un lugar para construir su casa y lo encontró junto a un río. Al venado blanco, el más tímido y frágil de los animales de la selva, le pasó cosa igual. Eligieron el mismo lugar: un hermoso sitio, sombreado de árboles y con abundante agua.

Al día siguiente, antes de que saliera el sol, el venado blanco abatió el herbazal y cortó los árboles. Después marchose y llegó el tigre negro que, al ver tales aprestos, exclamó:

—Es Tupa (el dios de la selva) que ha venido a ayudarme...

Y se puso a trabajar con los árboles cortados. Cuando el venado blanco llegó al día siguiente, exclamó a su vez:

—¡Qué bueno es Tupa: ha venido a ayudarme!...

Techó la casa, la dividió en dos habitaciones y se instaló en una de ellas.

Cuando llegó el tigre negro y vio la casa terminada, creyó que ello era obra de Tupa y se instaló en la otra habitación. Pero al día siguiente se encontraron al salir, comprendiendo entonces lo ocurrido. El venado blanco dijo:

—Ha de ser Tupa quien ha dispuesto que vivamos juntos. ¿Quieres que vivamos juntos?

El tigre negro aceptó:

—Sí, vivamos juntos. Hoy iré yo a buscar la comida y mañana irás tú...

Se fue por el bosque y regresó a la media noche, cargando un venado rojo, que arrojó ante su socio diciéndole:

—Toma: haz la comida.

El venado blanco, temblando de miedo y de horror, preparó la comida, pero no probó ni un bocado de ella. Todavía más: ni siquiera durmió en toda la noche. Temía que su feroz compañero sintiera hambre.

Al día siguiente le tocó al venado blanco buscar la comida y se fue por el bosque. ¿Qué haría? Encontró un tigre dormido, un tigre más grande que su compañero, e imaginó un plan. Buscó al oso hormiguero, que es muy forzudo, y le dijo:

—Allí hay un tigre dormido. Estaba diciendo que tú no tienes fuerza...

El oso hormiguero fue calladamente hacia el tigre, lo apretó entre sus poderosos brazos y lo ahogó.

El venado blanco arrastró el tigre muerto hasta la casa y dijo, poniéndolo ante los pies del tigre negro, despreciativamente:

—Toma, come: eso es lo poco que pude encontrar...

El tigre negro no dijo nada, pero se quedó lleno de recelo. No comió nada tampoco. En la noche no durmió ninguno de los dos. El venado blanco esperaba la venganza del tigre negro y éste temía ser muerto como lo había sido otro tigre mayor.

Ya de día, ambos se caían de sueño. La cabeza del venado blanco golpeó la pared que separaba las habitaciones. El tigre negro creyó que su compañero iba a atacarlo y echose a correr. Pero hizo ruido con sus garras y creyendo el venado blanco igual cosa del otro, salió también precipitadamente.

Y la casa quedó abandonada...

La leyenda del nopal

MÉXICO

El nopal es una de las plantas más conocidas en América. Raro será el país de América donde no crezca. En algunos como Chile y Perú, se le conoce con el nombre de tuna u otras variaciones.

Aún sobre las rocas, en las tierras improductivas, allí donde otros vegetales no prosperan, se levanta, desafiando todas las inclemencias.

Tiene más o menos diez pies de altura. Sus hojas ovaladas son grandes y carnosas, de un nítido tono verde, erizadas de púas, y crecen, unas al borde de las otras, de muy original manera.

Sobre las hojas nacen las flores, de un intenso color encarnado. Y las flores maduran en un fruto de cáscara amarilla e interior sonrosado.

El fruto se halla también erizado de espinas, y esto lo hace parecer esquivo, pero una vez que se le separa, brinda una pulpa fresca y dulce.

Nadie que haya caminado por tierras de América dejó de probarlo en alguna oportunidad. Como repetimos, se produce en todos nuestros países, y esto es tanto más raro cuanto que en el Nuevo Continente, de una zona a otra, hay gran diferencia de climas y, por lo tanto, de plantas.

Pero es México el país donde, sin duda, más abunda. Figura inclusive en el Escudo Nacional. Sobre un nopal se afirma el águila de alas entreabiertas, que tiene prisionera a la serpiente.

Y es también en México donde aún se conoce la vieja y hermosa leyenda azteca que cuenta el origen del nopal.

Dice así:

Fue en el principio del principio, cuando el belicoso y fiero Huitzilopochtli, dios de la guerra, abandonó a su hermana Malinalxochitl, para marcharse lejos a fundar un reino para su pueblo.

La abandonada, cuyo nombre significa flor de malinali (ésta es una planta textil), quedose en una región montañosa y selvática, deplorando su desventura, acompañada de unos cuantos súbditos. Pero era esforzada y valerosa y logró fundar el reino de Malinalco,

que quiere decir lugar donde hay malinali.

Su hijo, Copil —nombre que significa corona—, crecía oyendo de labios de su madre el relato de la mala acción de Huitzilopochtli. En su pecho, día a día, iba creciendo el deseo de encontrarse alguna vez con el dios cruel.

Y pasaban los años.

Y llegó el tiempo en que Copil estaba ya convertido en un gallardo mancebo, de negra cabellera y cuerpo atlético, diestro en todos los lances de la caza y de la guerra. Escuchando las quejas de su madre, había jurado castigar la ofensa, y consideró llegado el momento de hacerlo. Era fuerte y resuelto y le parecía que nada podría impedirle el cumplimiento de sus propósitos.

Y un día, Copil cogió su chimalli (escudo) y su macana (maza con puntas) y partió en busca de Huitzilopochtli.

Pero antes de seguir adelante con la aventura de Copil nos parece necesario dar una idea de quién era Huitzilopochtli.

Su nombre, según unos, significa colibrí zurdo, y, según otros, colibrí siniestro, terrible o lúgubre. Sin entrar en consideraciones sobre el origen del nombre, diremos que, dado el carácter de Huitzilopochtli, la segunda significación le viene mejor.

Era un dios cruel, que se complacía en la guerra, la sangre y la muerte. Cuando del supuesto paso suyo por la tierra no quedaba sino la leyenda y él estaba ya inmovilizado, convertido en una rígida figura de ídolo, los aztecas le elevaron templos donde lo adoraban, rindiéndole el más extraño y feroz culto.

La creencia de los indios hacía figurar a Huitzilopochtli como si fuera el sol, el que cada mañana libraba combate con la luna y las estrellas, a fin de ganar un nuevo día para los hombres.

Para llevar a cabo esta tremenda lucha y, además, debido a que era dios, tenía que alimentarse de la esencia de la vida del hombre, es decir, del corazón y la sangre. Por eso se le ofrecían sacrificios humanos.

Cuando llegó Cortez, este culto se hallaba en todo su apogeo.

Año tras año se ofrendaba a Huitzilopochtli la inmolación de millares de vidas humanas. Los esclavos inútiles y los prisioneros de guerra eran muertos ante él.

Y para tener abundancia de víctimas, los aztecas, que se consideraban el pueblo elegido para servir al dios, emprendían guerras no para someter nuevos pueblos ni cobrar tributos, sino con el único objeto de hacer prisioneros destinados al sacrificio.

Esas guerras recibieron el nombre de guerras floridas, y para ellas las tribus vecinas tenían que padecer una metódica devastación.

Cortez y los suyos también fueron codiciados para ofrendarlos a Huitzilopochtli y, a fin de cogerlos vivos, los indios se exponían valientemente a las armas de los blancos, sufriendo verdaderas carnicerías, sin que jamás lograran atrapar para el sacrificio a uno solo de los españoles.

El rito del mencionado sacrificio era muy cruel.

Llegado el día, las víctimas eran atadas, frente al dios, en un altar de piedra cuya forma hacía que sobresaliera el tórax.

Luego el sacerdote, provisto de un cuchillo de pedernal, les partía el pecho de un golpe, introducía la mano y arrancaba el corazón ofrendándolo, aún palpitante, al fiero Huitzilopochtli.

Cuando el prisionero que se iba a sacrificar se había distinguido por su valor, se ofrecía el sacrificio gladiatorio. Éste consistía en hacer luchar a la víctima para que tuviera el honor de caer combatiendo o también para brindarle la oportunidad de salvarse.

El preso tenía que pelear con cuatro caballeros aztecas, armados de espadas con navajas de rocas en los filos, pero la que a él le daban no las tenía, llevando, en cambio, unas bolitas de plumón, lo cual quería indicar que sería sacrificado.

Su padrino de lucha, que estaba vestido de oso, le entregaba también cuatro garrotes de pino para que los disparara contra sus adversarios.

Uno a uno se le iban enfrentando los caballeros aztecas hasta que lo vencían. Si por casualidad el preso derrotaba a los cuatro, salía un quinto combatiente azteca, que era zurdo y que, por lo general, acababa con el valiente. El hecho de ser zurdo le daba una especial ventaja, pues los guerreros, como es natural, estaban acostumbrados a pelear con adversarios que manejaban el arma con la mano derecha.

Pero hubo un guerrero de la tribu de los Tlaxcaltecas, llamado Tlahuicole, que venció a los cinco. Los aztecas admiraban el valor y la habilidad para la lucha, y por esto fue perdonado.

Después de algún tiempo, Tlahuicole recibió el mando de las fuerzas aztecas en una campaña contra los indios tarascos. Mas, cuando acabó la guerra, él prefirió morir a seguir cautivo y fue al fin sacrificado.

Cortez, desde luego, prohibió el bárbaro culto, pero quien primero quiso acabar con el dios de la guerra fue Copil.

En eso estábamos y volvamos, pues, a nuestra leyenda.

Ya hemos dicho que el hijo de Malinalxochitl dejó su lugar para ir en pos del dios Huitzilopochtli. Todos los obstáculos que podría ofrecerle la naturaleza eran pequeños ante sus fuerzas y su vehemencia. Caminó día y noche, dejando atrás cerros, bosques y llanos.

Alumbrado por el «glorioso sol americano» que ha cantado Gabriela Mistral, por la luna y las luciérnagas —esas grandes luciérnagas que tejen mil hilos de luz en la densa noche del trópico—, anduvo sin darse reposo hasta que al fin arribó a las fértiles comarcas habitadas por la mexihka. En ellas crecía el maíz de hojas de esmeralda y grandes y apretadas mazorcas.

Ardoroso como era, Copil iba pregonando la necesidad de exterminar a Huitzilopochtli y sus gentes, por ser elementos sanguinarios, dañinos y crueles...

Después de cruzar por la zona feraz, llegó, por fin, a Chapultepec, lugar donde estaba Huitzilopochtli.

Copil examinó la naturaleza del terreno y todas las características que ofrecía la situación y se dio cuenta de que no podría cumplir su empresa solo, pues le sería necesaria la ayuda de los guerreros de Malinalco.

Chapultepec, morada del dios de guerra, es una montaña donde ahora hay un castillo y un hermoso paseo de la ciudad de México, y en esos días era una isla del lago salado de Texcoco.

Copil fue a Malinalco a demandar el concurso de sus guerreros y regresó con mil de ellos para que le ayudaran a cumplir su juramento, mas sus intenciones fueron pronto conocidas por Huitzilopochtli, pues, como ya hemos referido, el joven iba voceando sus propósitos.

El fiero dios se llenó de ira y no envió guerreros al encuentro de Copil, sino a los teopixque (sacerdotes) a quienes les dio esta orden:

—Sacadle el corazón y traédmelo como ofrenda.

Los sacerdotes, sabiendo que Copil había acampado cerca con todos sus guerreros, deliberaron sobre lo que más les convenía hacer y resolvieron aguardar la noche. Y una vez que las sombras nocturnas se apretaron sobre Chapultepec y sus contornos, ellos bogaron silenciosamente por las aguas del lago oscurecido y luego saltaron a tierra dirigiéndose al lugar donde esperaban encontrar a Copil.

Dormía el jefe y dormían sus guerreros.

Avanzando sin hacer ruido, con la mayor cautela, entre los cuerpos adormecidos por el profundo sueño que produce el cansancio de las marchas, los sacerdotes se encontraron por fin al hijo de Malinalxochitl.

Se acercaron a él calladamente y, con la pericia que les caracterizaba, le abrieron, de una cuchillada, el pecho, y le extrajeron el corazón. Copil no pudo exhalar la más leve queja, y al amanecer despertaron los guerreros de Malinalco y se sorprendieron grandemente al encontrarse sin jefe. Los sacerdotes habían cruzado de nuevo entre ellos, con el mismo cuidado que a la ida, sin producir un rumor ni dejar una huella. Ante los ojos asombrados de su gente, el cadáver de Copil mostraba, en el pecho poderoso, la gran herida por donde los sacrificados ofrendaban la vida al dios implacable.

Y también al amanecer los sacerdotes llegaron de regreso a Chapultepec. En un cuauhxicalli (recipiente usado para recoger la sangre) entregaron a Huitzilopochtli la roja ofrenda.

El dios, después de recrearse y satisfacer su cólera viendo el corazón de Copil, ordenó a los sacerdotes que fueran a enterrarlo diciéndoles:

—Enterrad el corazón de Copil en aquellos peñascos que surgen entre la maleza, en el centro del lago.

En la noche fueron los sacerdotes hacia el lugar indicado por el dios, y enterraron el corazón entre las peñas. Con eso creyeron que Copil había terminado para siempre. Pero al otro día vieron, con asombro, que había brotado una hermosa planta en el sitio de la sepultura, allí donde antes hubo desnudas rocas y ramas secas. Era que el corazón de Copil se había convertido en el vigoroso nopal de ovaladas hojas y flores encarnadas.

Tal es la leyenda.

Después, esa planta figuró en el Escudo Azteca y luego en el Escudo de la República.

Lo merece por su típica belleza y la fuerza de su símbolo.

Y es, entonces, desde el corazón del esforzado y justiciero Copil, desde el nopal, que el águila mexicana levanta su vuelo de gloria.

El castillo de maese Falco

COLOMBIA

El grupo de San Bernardo, situado frente a la costa colombiana del Atlántico, se compone de nueve islas: Tintipán, Mangle, Jesús, Cabruna, Palma, Panda, Ceicén, Múcura, Maravilla... Las aguas que las rodean abundan en peces y tortugas, y la tierra que las forma eleva hacia el cielo la exuberancia de la flora del trópico.

Rodeadas por las cambiantes olas del mar, frente a un sol radiante, atraen la vista del viajero con la gallarda esbeltez de sus palmeras y un blanco vuelo de pájaros.

La isla de Ceicén es la más pequeña de todas; pero, por su conformación, la más original y adecuada a la fantasía. Sucede que, viéndola de lejos, parece un castillo medieval derruido por los años. Ahí están las torres, ahí las murallas. Con un poco de imaginación será posible distinguir también las almenas, las troneras y acaso el puente levadizo. Un andaluz que la miró desde el barco en que viajaba dijo que podía ver el foso y aun el escudo heráldico fijado sobre el portón de entrada; pero nadie le quiso creer. Lo cierto es que, con exageración o sin ella, el castillo existe mientras tiene en su favor la distancia; pero, a medida que el observador se aproxima, la visión va esfumándose. Poco a poco, ya no hay torres, ni murallas, ni almenas. Todas las formas feudales desaparecen. Las han reemplazado las de los cocoteros, los mangles y otras típicas plantas tropicales.

Pero la imaginación del hombre recurre a todos los recursos para explicar las cosas, y en este caso da caracteres de magia a lo que sólo es un engaño de la vista, debido a la lejanía.

Resulta entonces que el castillo en cuestión es el asignado por arte diabólica a maese Falco. Tal dice la leyenda.

Fue en los tiempos en que las rutas coloniales se abrieron pródigamente a la ambición y a la esperanza de los europeos. Maese Falco vivía en no sabemos qué puerto español, y era de veras un maestro, pues había envejecido construyendo desde botes hasta galeones. Un día, cansado del oficio y la pobreza, dejó de armar naves para tomar pasaje en una de ellas con rumbo a las Américas.

Pensaba hacer fortuna participando en la prodigiosa riqueza que, según las voces que circulaban en esos tiempos, atesoraba el Nuevo Continente.

Llegó a la muy mentada ciudad de Cartagena de Indias. El oro no estaba regado por las calles, y como maese Falco ignoraba el arte de la minería, continuó pobre y cada día más desengañado de sus ilusiones de enriquecimiento. Entrole la cordura entonces, y del

mismo modo que el buen zapatero del cuento volvió a sus zapatos, el armador tornó a sus naves. Con el escaso dinero que había reunido compró un viejo y pequeño velero, al que calafateó, remendó y equipó en la mejor forma que pudo.

Pero ya no dio la embarcación a otros. Carecía de astillero para seguir laborando, y en tal situación resolvió hacerse a la mar él mismo. Era, a la vez, capitán, piloto y marinero de su frágil barco. Es decir, que era el único tripulante.

Se puso a comerciar comprando y vendiendo productos fabricados y naturales en Cartagena de Indias y las poblaciones del Sinú. Progresaba. Su capital aumentó, y ya estaba pensando en retirarse cuando un temporal dio al traste con prosperidad y proyectos.

En breve tiempo la furia de la tempestad dejó al barquichuelo con el mástil tronchado como una caña, rasgado el velamen y roto el timón. Sin gobierno, librado a la violencia de las montañas de agua, zozobró como era lógico que sucediera, y maese Falco, pese a que nadaba como un pez, estaba en riesgo de ahogarse. Las espesas sombras de la noche, que el fulgor de los rayos apenas disipaba unos segundos, hacían aún más penosa su situación. Pero no había de faltarle la clásica tabla del naufrago. La pudo ver cuando un relámpago iluminó la noche y a ella se cogió con toda su ansiedad de vivir. Ayudado por el flotador recuperó un poco las energías que había perdido en la lucha por mantenerse en la superficie y pudo resistir las largas horas en que estuvo a merced de un mar agitado por el temporal. Al fin amainó y allá lejos se delineó la raya blanca del alba.

El ritmo regular de las olas que mueren en la playa cogió a maese Falco, o mejor dicho, a la tabla y a Falco. Luego sus pies tocaron tierra. En medio de la indecisa claridad del amanecer, distinguió la mole oscura de la isla. Soltó la tabla y salió a tierra por sus propias fuerzas. No alcanzó a caminar mucho. Cayó al suelo rendido de cansancio y se durmió.

Cuando despertó, ya el sol se encontraba muy alto, brillando alegremente sobre el mar y las nueve islas del grupo de San Bernardo. Incorporose maese Falco. Estaba en la isla de Ceicén. Pensó en su desventura, y exclamó:

—¡Otra vez la miseria!

Sentía una ardiente sed y se internó en la isla para buscar un manantial. Al fin lo encontró al pie de unas rocas, y estuvo bebiendo mucho rato. Mientras buscaba se dio cuenta de que no había gente. Después tornó a la playa, con la esperanza de que pasara un barco y lo recogiera. Ya sabría hacerle señas con el humo de una fogata o agitando su camisa, encaramado a la copa de un árbol.

Pero nada había en el mar. Ninguna vela aparecía en el horizonte. Los ojos de maese Falco se dirigieron a la orilla. Allí, varados por aquí y por allá, estaban los restos del naufragio: muchas tablas, un pedazo de mástil, el revuelto y desgarrado velamen, unos remos y el pequeño bote «salvavidas» que el velero llevaba. Como hemos visto, en caso de temporal, mejor salvavidas resultó una tabla.

Maese Falco, adaptándose a la nueva situación, arrastró el bote hasta ponerlo a cubierto del peligro de la alta marea, y con el resto del material se improvisó una cabaña. Como buen marino, llevaba un yesquero, o sea, un cuerno de res herméticamente tapado que guardaba yesca de hongo, pedernal y eslabón, y después de recoger leña consiguió hacer un excelente fuego, que por el momento le sirvió para ahuyentar los mosquitos. Sintió hambre, y esto le hizo pensar en los cocoteros que, según dijimos al principio, abundan en la isla. Pronto tuvo una buena provisión de cocos de blanca y dulce pulpa.

Con el correr de los días fue haciendo más adquisiciones. Explorando la playa encontró entre unas rocas el balde que había usado en el velero. Y también en la playa pisó cierta vez una parte muy blanda, y recordó que allí debían existir huevos de los que las tortugas encierran. Los halló, efectivamente, y pudo cocerlos en el balde. Para mejor, una noche de luna cazó una de las tortugas. Cuando estaba poniendo sus huevos se le acercó sorpresivamente y la colocó boca arriba. El animal quedó entonces prisionero de su caparazón, no consiguiendo otra cosa que agitar las patas en el aire. Así dispuso de una abundante y nutritiva carne. Alentado por esta serie de éxitos, que su apremiante situación hacía mayores, un día equipó el bote con velas y salió a pescar.

El Robinson tropical no vivió mucho tiempo sin entrar en contacto con gente blanca. A poco de hallarse en la isla llegaron unos buscadores de cocos y tortugas. Ante la posibilidad de irse o continuar allí, como abastecedor de los traficantes, resolvió lo último. Esta deliberada decisión nos hace, en gracia al mérito, cambiarle el título de Robinson tropical que le hemos dado, por el muy honroso de primer colonizador de la isla de Ceicén.

Cambiaba los productos de su lugar por comestibles que le hicieran variar el repetido menú isleño, utensilios y ropas.

Así quedó resuelta la vida de maese Falco. Desde luego que recorrió la isla hasta conocerla en todos sus detalles. Y una tarde, en que se encontraba sentado al pie de unos cocoteros, fumando su pipa, por pensar en algo nuevo y bromear un poco, dijo:

—¿Qué sería de Lucifer si viniera por estos mundos?

Sintió, a sus espaldas, un rumor de pasos y, al volverse, vio a un caballero elegantemente vestido, según el gusto de la época, cuyos ojos brillaban con un fuego realmente satánico.

—Aquí me tienes —dijo el Diablo, haciendo una irónica reverencia.

Maese Falco se impresionó. Pero ya hemos notado que no era hombre de acobardarse. Comenzó a charlar sobre la vida en la isla y de cómo él era fuerte, a pesar de ser viejo, a fin de que el Diablo no creyera que estaba para entregar el alma. La conversación recayó, como es natural, en el oficio de maese Falco y por lo tanto en el mar.

—¿El mar? —interrumpió el Diablo—, no me gusta eso. El agua es muy fría...

Es fama que el muy taimado se baña con gran satisfacción en pez hirviente y plomo derretido.

—Sin embargo —dijo maese Falco—, es agradable navegar, más si hay buen viento como ahora...

Luego se extendió en una serie de consideraciones para dar más fuerza a su afirmación, y entonces el Diablo dijo:

—Me estás tentando... ¿Cuánto me cobrarías por dar una vuelta en tu bote?

—No tendrías sino que responderme a tres preguntas, y de no hacerlo, me concederías lo que te pidiera...

—Trato hecho —dijo el Diablo, que se tiene por muy sabido y pensaba resolver acertadamente todas las preguntas.

Se instalaron en el bote y pronto estuvieron lejos de la orilla. El Diablo iba sentado en la proa mirando el agua con cierto miedo.

—Va una pregunta —dijo maese Falco—: ¿Por qué los cangrejos caminan para atrás?

El Diablo pensó un rato, se rascó después la mollera, y contestó:

—No soy muy fuerte en zoología. Como los animales no tienen alma, que es lo que me interesa, me he preocupado poco de ellos...

—Así es que va una a mi favor —apuntó maese Falco.

—Va una —admitió el Diablo.

A todo esto el oleaje fue aumentando y el bote se bamboleaba como un cascarón. Satanás se cogía el estómago y la frente, y estuvo a punto de vomitar llamas.

—Volvamos —exclamó—, que este maldito bamboleo y la contemplación de tanta agua me han trastornado las tripas y la cabeza.

Maese Falco hizo una maniobra con las velas y el bote puso proa a tierra, dirigiéndose a ella velozmente.

—¡Por mi abuelo! —masculló el Diablo, que, según se sabe, es muy amigo de palabrotas y juramentos—. ¿Cómo es que navegamos contra el viento?

—Es que éstas son velas latinas —explicó maese Falco.

Y el Diablo comentó, dándose aires de perspicaz:

—Esto de latinas suena a latines. Bien me lo decía yo...

Llegados a la playa, maese Falco esperó a que el Diablo se repusiera del mareo; pues, a pesar de la calidad de su contrincante, era amigo de jugar honradamente, y le hizo la segunda pregunta:

—¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?

—Dale con los animales —gruñó Satán—. ¿Quién me mandó aceptar de plano, sin establecer condiciones antes? —y, después de cavilar un poco, agregó—: Si digo que fue el huevo, me preguntarás qué gallina lo puso, y si digo que fue la gallina, me preguntarás de qué huevo salió. Tratándose de animales, soy hombre muerto, mejor dicho, Diablo muerto...

—Bien —repuso maese Falco—, me apunto la segunda, y aquí va la tercera, que se relaciona contigo, para que no digas que te gano porque no sabes de animales. Hace un momento juraste: «¡Por mi abuelo!», y dime, entonces, ¿quién fue tu abuelo?

Y sea porque el Diablo lo ignoraba o porque no gustara de remover asuntos que le hicieran recordar su pasado, respondió:

—Me has vencido. ¿Qué pides?

—Un castillo con todo lo que es uso y costumbre en un castillo —reclamó inmediatamente maese Falco, que ya tenía pensada su petición.

—Bueno —aceptó el Diablo—. Pero será sólo para ti, pues si la gente llega y se alberga en el castillo, terminaré por desprestigiarme. Ya me has hecho quedar en ridículo con tus preguntas, de modo que tengo que hacer algo para que me sigan creyendo Diablo...

Explicó la particularidad ya expuesta que tendría el castillo, y terminó:

—Ahí lo tienes.

Surgió un magnífico castillo tras cuyas murallas de piedra sonaban carcajadas de damas, ladridos de lebreles, música de gaitas, voces de pinches de cocina, piafados de potros.

Cuando maese Falco cruzó el portón de entrada, su viejo traje de marino se transformó en un atavío señorial, y salieron a recibirlo pajes al son de trompetas y redobles, yendo en primera fila un bufón que daba risa tan sólo de verlo.

No se sabe cómo acabó maese Falco. Algunos dicen que comía tanto que murió de una apoplejía.

Pero allí queda, para dar lugar a la vieja leyenda, el castillo que se ve de lejos y desaparece al acercarse en la bella isla de Ceicén.

La raposa y el jaguar

BRASIL

1

Un día la raposa, que se encontraba de paseo por el bosque, oyó un extraño ronquido: Uj, uj, uj...

—¿Qué será aquello? —se dijo—. Voy a ver...

Después de cruzar entre unos grandes árboles, llegó a un sitio pedregoso y pudo ver de lo que se trataba. Era que el jaguar estaba prisionero en un hueco. Al distinguirla, él le dijo:

—He caído dentro de este hueco y no puedo salir, pues tras de mí rodó esa piedra. Ayúdame a retirarla.

La raposa le ayudó a quitar la piedra y el jaguar salió. Entonces ella le preguntó:

—¿Qué me pagas?

El jaguar, que estaba con hambre, le dijo:

—Ahora te voy a comer.

La raposa no esperaba ese proceder y no tuvo tiempo de darse a la fuga, por lo cual el jaguar la atrapó. Teniéndola presa, le hizo esta pregunta:

—¿Cómo es que se paga un beneficio?

La raposa le contestó:

—Un bien se paga con un bien. Allí cerca vive el hombre que lo sabe todo; vamos a preguntarle.

El jaguar la soltó y dijo:

—Bien, vamos.

Caminaron un buen trecho por el bosque, luego atravesaron por el platanar y enseguida encontraron al hombre, que estaba parado a la puerta de su cabaña. La raposa le contó que había sacado al jaguar del hueco y que él en pago la quería comer.

El jaguar explicó:

—La quiero comer porque un bien se paga con un mal.

El hombre entonces dijo:

—Está bien, vamos a ver el hueco.

Fueron los tres y, al llegar al hueco, el hombre dijo al jaguar:

—Entra que quiero ver cómo estabas.

El jaguar entró y el hombre y la raposa rodaron la piedra y el jaguar ya no pudo salir.

Entonces el hombre le advirtió:

—Ahora te quedas allí sabiendo que un bien se paga con un bien.

El jaguar se quedó preso, y los otros se fueron.

Desde esa vez el jaguar, que no aprovechó la lección, se propuso atrapar a la raposa.

2

Un día, el hombre que había salvado a la raposa iba por un camino. La raposa lo vio y dijo:

—Ése es un buen hombre, voy a entretenerme con él.

Se echó en el camino por donde el hombre tenía que pasar y fingiose muerta.

El hombre la vio y dijo:

—¡Pobrecita raposa!

Hizo un hueco, arrojó en él a la raposa, la cubrió con un poco de tierra y se fue.

La raposa salió del hueco, corrió por el bosque, se adelantó al hombre, se echó en el camino y se fingió muerta.

Cuando el hombre llegó donde estaba, dijo:

—¡Otra raposa muerta! ¡Pobrecita!

La retiró del campo, la cubrió con hojas y se fue.

La raposa corrió otra vez por el bosque, se adelantó al hombre y echose en el camino, fingiéndose muerta.

El hombre llegó y dijo:

—¿Por qué habrá muerto tanta raposa?

La sacó fuera del camino y se fue.

La raposa volvió a correr y de nuevo se fingió muerta en el camino.

El hombre llegó y dijo:

—¡Lleve el diablo tanta raposa muerta!

Cogió de la punta de la cola y la tiró en medio de unas matas.

La raposa dijo entonces:

—No se debe abusar de quien nos hace un bien.

3

El jaguar, después de esforzarse mucho, logró empujar la piedra y salir del hueco. Entonces no pensó sino en vengarse y dijo:

—Ahora voy agarrar a la raposa.

Se echó a andar y, estando por lo más intrincado del bosque, oyó un barullo: Txán, txán, txán...

Caminó hacia el lugar de donde provenía el ruido y vio que la raposa estaba jalando bejucos, o sea, unas lianas muy resistentes y flexibles.

Debido al barullo, la raposa sólo se dio cuenta de la presencia del jaguar cuando ya lo tenía muy cerca y le era imposible fugarse. Entonces se dijo:

—Estoy perdida; ahora el jaguar quién sabe me va a comer.

Pero se le ocurrió inmediatamente un plan y, así, dijo a su enemigo:

—Ahí viene un viento muy fuerte; ayúdame a sacar bejucos para amarrarme a un árbol, pues de lo contrario el viento me arrebatará...

El jaguar le ayudó a sacar los bejucos y, temiendo también al viento, dijo a la raposa:

—Amárrame a mí primero; como soy más grande, el viento puede llevarme antes.

La raposa le contestó que se abrazara a un palo grueso y, luego, con el bejuco más largo y fuerte, le amarró los pies y las manos contra el palo.

—¿Oyes? Es un viento muy fuerte —dijo la raposa.

—Apriétame bien —respondió el jaguar, a quien le pareció que de veras venía un huracán.

La raposa, entonces, dio varias vueltas al bejuco ajustando el cuerpo del jaguar contra el tronco, que era el de un árbol muy grande y muy frondoso.

Después dijo:

—Ahora quédate aquí, que yo me voy...

El jaguar se quedó allí amarrado y la raposa se fue.

No llegó ningún viento.

4

Pasados algunos días, llegaron los ratones y comenzaron a hacer su nido en la copa del árbol a cuyo tronco el jaguar estaba amarrado.

Los ratones subían y bajaban por el lado del tronco que no se encontraba ocupado por el cuerpo del jaguar.

Él les dijo:

—¡Ah, ratones! Si ustedes fueran buenos roerían pronto este bejuco y me soltarían.

Los ratones le contestaron:

—Si nosotros te soltamos, tú nos matarás después.

El jaguar prometió:

—¡No los mato!

Los ratones trabajaron toda la noche royendo el bejuco y, a la mañana siguiente, el jaguar estaba libre.

Como tenía bastante hambre, no hizo caso de su ofrecimiento y se comió a los ratones. Después se fue en busca de la raposa.

5

¡Si tu enemigo hace alguna cosa y dice que es en tu beneficio, estás en riesgo!

Tal era una de las máximas de la raposa.

En los tiempos en que tuvo ocasión de aplicarla, caminaba solamente de noche, pues tenía mucho miedo al jaguar.

Éste, que la había perseguido tanto inútilmente, resolvió cogerla en una trampa.

Armó una trampa en el camino por donde la raposa acostumbraba pasar y luego, para halagar a la raposa, barrió un trecho del camino.

Cuando la raposa llegó, le dijo:

—He limpiado tu camino a causa de las espinas, pues puedes pisarlas debido a la oscuridad...

La raposa, acordándose de su máxima, desconfió y dijo:

—Pasa tú adelante.

El jaguar pasó y desarmó la trampa.

La raposa volvió hacia atrás y se fugó.

6

El verano era muy riguroso, el sol secó todos los ríos y quedó solamente un pozo con agua.

El jaguar dijo:

—Ahora cogeré a la raposa, pues voy a esperarla en el pozo de agua.

La raposa acudió al pozo, observando atentamente descubrió al jaguar en acecho. No pudiendo acercarse por eso, se fue pensando lo que tendría que hacer para lograr un poco de agua.

Por el camino iba una mujer llevando un tarro de miel sobre la cabeza y un cesto al brazo. Entonces la raposa, que no sabía si lo que contenía el tarro era miel, o agua, o leche, dijo:

—Si se agacha derramará el líquido y si quiere cogerme tendrá que dejar el tarro en el suelo.

Se tiró entonces en el camino por donde la mujer tenía que pasar y fingióse muerta. La mujer dio un rodeo y siguió.

La raposa corrió entre las matas y, adelantándose a la mujer, de nuevo fingióse muerta en el camino. La mujer dio un rodeo y siguió.

La raposa volvió a correr entre las matas y, adelantándose a la mujer, otra vez se fingió muerta en el camino. La mujer llegó y, al verla, dijo:

—Si hubiera recogido las otras, ya tendría tres; las pieles podrían servirme...

Bajó el tarro de miel al suelo, puso a la raposa dentro del cesto, la dejó allí para no llevar peso y regresó a fin de recoger a las otras. No encontrándolas, pensaba que era más atrás que las había dejado y, yendo en su busca, cada vez se alejaba más.

Entretanto, la raposa salió del cesto y, viendo que lo que había en el tarro era miel, se untó con ella y en la miel pegó hojas verdes. Así desfigurada, fue al pozo y pudo beber el agua, pues el jaguar la dejó pasar. Pero, cuando estaba en el agua, la miel se fue derritiendo y las hojas se cayeron, por lo cual el jaguar la reconoció.

Cuando quiso saltarle, la raposa se fugó.

7

La raposa, que ya no podía disfrazarse con hojas verdes, estaba de nuevo con mucha sed.

—¿Qué haré?, ¿qué haré? —se decía.

Entonces fue a un árbol resinoso, se untó bien con resina, se revolcó entre hojas secas, que se pegaron en la resina, y así desfigurada se dirigió al pozo.

El jaguar, que ya estaba receloso, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy el animal hoja-seca —contestó la raposa.

Entonces el jaguar, recordando lo que ocurrió en la vez anterior y para no dejarse engañar, le ordenó:

—Entra al agua, sal y después bebe...

La raposa entró; no se le cayeron las hojas porque la resina no se derrite en el agua; salió y después bebió.

Y así fue siempre durante ese verano, pues el jaguar se quedó convencido de que quien bebía era el animal hoja-seca. Cuando llegó el tiempo de la lluvia, abandonó su puesto de guardián, diciendo:

—No volvió más la raposa; sin duda habrá muerto de sed.

Pero a los pocos días la distinguió, a lo lejos, en el bosque; pues la raposa, teniendo agua en los ríos y arroyos y no necesitando ir ya al pozo, se restregó hasta quitarse las hojas y la resina.

El jaguar se enfureció y dijo:

—Tengo que atrapar a la raposa.

El jaguar hizo todo lo posible para realizar todos sus propósitos. Día y noche siguió y acechó a la raposa por los lugares en que ella solía cazar, dormir y caminar. Nunca

consiguió caerle encima. La raposa —que tiene vista, olfato y oídos finos— lo descubriría siempre por el rumor de sus pisadas, su acre olor o el fulgor de sus ojos en medio de la sombra. Echaba a correr llevando ventaja y el jaguar no la podía alcanzar.

Hasta que un día el jaguar, después de pensar mucho, dijo:

—Me voy a fingir muerto, los animales vendrán a ver si es cierto, la raposa también vendrá y entonces la atraparé...

Todos los animales, al saber que el jaguar había muerto, fueron a su cueva, entraron a ella, y viéndolo tendido largo a largo, decían:

—El jaguar ha muerto; gracias sean dadas a Tupa (dios de la selva), ahora ya podremos pasear...

La raposa también fue a la cueva, pero no entró y sí preguntó desde afuera:

—¿Ya estornudó?

Los animales respondieron:

—No.

Entonces la raposa les advirtió:

—Yo sé que un difunto, al morir, estornuda tres veces.

El jaguar la oyó y, sin darse cuenta de las intenciones de la raposa, estornudó tres veces.

La raposa se rió y dijo:

—¿Quién ha visto nunca que alguien estornudara después de muerto?

Y se fugó, lo mismo que todos los animales.

Y hasta ahora el jaguar no ha podido atrapar a la raposa, porque ella es muy astuta.

Cuentos y leyendas de los Andes

De cómo repartió el Diablo los males por el mundo

Voy a contarles, y no lo olviden, porque es cosa que un cristiano debe tener bien presente, esta historia que nosotros no olvidaremos jamás y que diremos a nuestros hijos con el encargo de que la repitan a los suyos, y así continúe transmitiéndose, y nunca se pierda.

Esto ocurrió en un tiempo en que el Diablo salió para vender males por la tierra. El hombre ya había pecado y estaba condenado, pero no había variedad de males. Entonces el Diablo, con su costal al hombro, iba por todos los caminos de la tierra vendiendo los males que llevaba empaquetados en su costal, pues los había hecho polvo. Había polvos de todos los colores que eran los males: ahí estaban la miseria y la enfermedad, la avaricia y el odio, y la opulencia que también es mal y la ambición, que es un mal también cuando no es la debida, y he aquí que no había mal que faltara... Y entre esos paquetes había uno chiquito y con polvito blanco, que era el desaliento...

Y así es que la gente iba para comprarle y todita compraba enfermedad, miseria, avaricia y los que pensaban más compraban opulencia y también ambición... Y todo era para hacerse mal entre los mismos cristianos.

El Diablo les vendía cobrándoles buen precio, pero a aquel paquetito con polvito blanco lo miraban, mas nadie le hacía caso...

«¿Qué es, pues, eso?», preguntaban por mera curiosidad. Y el Diablo se enojaba, pues la gente le parecía demasiado cerrada de ideas. Y cuando de casualidad o por mero capricho alguno lo quería comprar, preguntaba: «¿Cuánto?», y el Diablo respondía: «Tanto». Y era pues un precio muy caro, más precio que el de toditos los paquetes, y he aquí que la gente se reía diciendo que por ese paquetito tan chico y que no era tan gran mal no estaba bien que cobrara tanto, insultando también al Diablo diciéndole que era muy Diablo por quererlos engañar así... Y el Diablo tenía cólera y también se reía viendo como no pensaba la gente...

Y es así que vendió todos los males, pero nadie le quiso comprar aquel paquetito, porque era chiquitito y el desaliento no era gran mal. Y el Diablo decía: «Con éste, todos; sin éste, ni uno». Y la gente más se reía, pensando que el Diablo se había vuelto zonzó. Y he aquí que sólo quedó aquel paquetito, por el que no daban ni un cobre... Entonces el Diablo, con más cólera todavía y riéndose con la misma de un Diablo, dijo: «Ésta es la mía», y echó al viento aquel polvo para que se fuera por todo el mundo.

Desde entonces, todos los males fueron peores, por ese mal que voló por los aires y enfermó a todos los hombres. Sólo, pues, hay que reparar, nada más, para darse cuenta... Si es afortunado y poderoso, pero cae desalentado por la vida, nada le vale y el vicio lo empuña... Si es humilde y pobre, entonces el desaliento lo pierde más rápido todavía... Así fue como el Diablo hizo mal a toda la tierra, pues sin el desaliento ningún mal podría pescar

a un hombre...

Es así como está en el mundo, donde algunos más, donde otros menos; siempre nos llega y nadie puede ser bueno de verdad, pues no puede resistir, como es debido, la lucha fuerte del alma y el cuerpo que es la vida...

Niños del mundo: que el desaliento no empuñe nunca vuestro corazón.

El puma de sombra

Fue que nuestro padre Adán estaba en el Paraíso, llevando, como es sabido, la regalada vida. Toda fruta había: ya sea mangos, chirimoyas, naranjas, paltas o guayabas y cuanta fruta se ve por el mundo. Toda laya de animales también había y todos se llevaban bien entre ellos y también con nuestro padre. Y así que él no necesitaba más que estirar la mano para tener lo que quería. Pero la condición de todo cristiano es descontentarse. Y ahí está que nuestro padre Adán le reclamó al Señor. No es cierto que le pidiera mujer primero. Primero le pidió que quitara la noche. «Señor —le dijo—, quita la sombra: no hagas noche; que todo sea solamente día». Y el Señor le dijo: «¿Para qué?». Y nuestro padre le dijo: «Porque tengo miedo. No veo ni puedo caminar y tengo miedo». Y entonces le contestó el Señor: «La noche para dormir se ha hecho». Y nuestro padre Adán dijo: «Si estoy quieto, me parece que un animal me atacará aprovechando la oscuridad». «¡Ah! —dijo el Señor—, eso me hace ver que tienes malos pensamientos. Ni un animal se ha hecho para que ataque a otro». «Así es, Señor, pero tengo miedo en la sombra: haz sólo día, que todito brille con la luz», le rogó nuestro padre. Y entonces contestó el Señor: «Lo hecho está hecho, porque el Señor no deshace lo que ya hizo». Y después le dijo a nuestro padre: «Mira», señalando para un lado. Y nuestro padre vio un puma grandenque, más grande que toditos, que se puso a venirse bramando con una voz muy fea. Y parecía que quería comerse a nuestro padre. Abría la bocota al tiempo que caminaba. Y nuestro padre estaba asustado viendo cómo venía contra él el puma. Y en eso ya llegaba y ya lo pescaba, pero lo ve que se va deshaciendo, que pasa por encima sin dañarlo nada y después se pierde en el aire. Era, pues, un puma de sombra. Y el Señor le dijo: «Ya ves, era pura sombra. Así es la noche. No tengas miedo. El miedo hace cosas de sombra». Y se fue sin hacerle caso a nuestro padre. Pero como nuestro padre también no sabía hacer caso, aunque indebidamente, siguió asustándose por la noche, y después le pegó su maña a los animales. Y es así como se ven diablos, duendes y ánimas en pena y también pumas y zorros y toda laya de fealdades entre la noche. Y las más de las veces son meramente sombra, como el puma que le enseñó a nuestro padre el Señor. Pero no acaba todavía la historia. Fue que nuestro padre Adán, por no saber hacer caso, siempre tenía miedo, como ya les he dicho, y le pidió compañía al Señor. Pero entonces le dijo, para que se la diera: «Señor, a toditos le diste compañera, menos a mí». Y el Señor, como era cierto que toditos tenían, menos él, tuvo que darle. Y así fue como la mujer lo perdió, porque vino con el miedo y la noche...

Güeso y Pellejo

Y llegó el tiempo en que el ganado del Simón Robles aumentó y necesitaba mayor número de cuidadores, y también llegó el tiempo en que la Antuca debió hacerse cargo del rebaño, pues ya había crecido lo suficiente, aunque no tanto como para pasarse sin más ayuda que la Vicenta. Entonces, el Simón Robles dijo:

—De la parición que viene, separaremos otros dos perros para nosotros.

Y ellos fueron Güeso y Pellejo. El mismo Simón les puso nombre, pues amaba, además de tocar la flauta y la caja, poner nombres y contar historias. Designaba a sus animales y a las gentes de la vecindad con los más curiosos apelativos. A una china le puso «Pastora sin manada», y a un cholo de ronca voz «Trueno en ayunas»; a un caballo flaco, «Cortaviento», y a una gallina estéril, «Poneaire». Por darse el gusto de nombrarlos, se las echaba de moralista y forzado, ensillaba con frecuencia a Cortaviento y se oponía a que su mujer matara la gallina. Al bautizar a los perros, dijo en el ruedo de la merienda:

—Que se llamen así, pues hay una historia, y ésta es que una viejita tenía dos perros: el uno se llamaba Güeso y el otro Pellejo. Y fue que un día la vieja salió de su casa con los perros, y entonces llegó un ladrón y se metió debajo de la cama. Volvió la señora por la noche y se dispuso a acostarse. El ladrón estaba calladito, esperando que ella se durmiera para ahogarla en silencio, sin que lo sintieran los perros y pescar las llaves de un cajón con plata. Y he allí que la vieja, al agacharse para coger la bacínica, le vio las patas al ladrón. Y como toda vieja es sabida, ésa también lo era. Y entonces se puso a lamentarse, como quien no quiere la cosa: «Ya estoy muy vieja; ¡ay, ya estoy muy vieja y muy flaca; güeso y pellejo no más estoy!». Y repetía cada vez más fuerte, como admirada: «¡Güeso y pellejo!, ¡güeso y pellejo!». Y en eso, pues, oyeron los perros y vinieron corriendo. Ella les hizo una señita y los perros se fueron contra el ladrón, haciéndolo leña... He aquí que por eso es bueno que estos perritos se llamen también Güeso y Pellejo.

La historia fue celebrada y los nombres, desde luego, aceptados. Pero la vivaz Antuca hubo de apuntar:

—¿Pero cómo para que adivine la vieja lo que iba a pasar y les ponga así?

El Simón Robles replicó:

—Se los puso y después dio la casualidad que valieran esos nombres... Así es en todo.

Y el Timoteo, arriesgando evidentemente el respeto lleno de medida debido al padre, argumentó:

—Lo que es yo, digo que la vieja era muy de otra laya, porque no trancaba su puerta.

Si no, no hubieran podido entrar los perros cuando llamaba. Y si es que los perros estaban dentro y no vieron entrar al ladrón, eran unos perros por demás zonzos...

El encanto de la historia había quedado roto. Hasta en torno del fogón, donde la simplicidad es tan natural como masticar el trigo, la lógica se entromete para enrevesar y desencantar al hombre. Pero el Simón Robles respondió como lo hubiera hecho cualquier relatista de más cancha:

—Cuento es cuento.

La oveja falsa

Y era pues un tiempo de mucha hambre para los zorros... y había uno que no aguantaba. Tenía hambre, es cierto, y he ahí que todos los rediles estaban muy altos y con muchos perros. Y entonces el zorro dijo: «Aquí no es cosa de ser zonzo: hay que ser vivo». Y se fue donde un molino, y aprovechando que el molinero estaba por un lado, se revolcó en la harina hasta quedar blanco. Y en la noche se fue por el lado de un redil: «Mee, mee», balaba como oveja. Y salió la pastora y vio un bulto blanco en la noche y dijo: «Se ha quedado afuera una ovejita», y abrió la puerta y metió al zorro. Los perros ladraban y el zorro se dijo: «Esperaré que se duerman, lo mismo que las ovejas. Después buscaré al corderito más gordo y guac, de un mordisco lo mataré y luego lo comeré. Madrugando, apenas abran la puerta echaré a correr y quién me alcanza». Y como se dijo así lo hizo, pero a salir no llegó. Y es que él no contaba con el aguacero. Y fue que llovió y comenzó a quitársele la harina, y una oveja que estaba a su lado vio blanco el suelo y pensó: «¿Qué oveja es esa que se despinta?». Y viendo mejor y encontrando que la desteñida era zorro, se puso a balar. Las demás también lo vieron entonces y balaron y vinieron los perros y con cuatro mordiscos lo volvieron cenizas... Y es lo que digo: siempre hay algo que no está en la cuenta de los más vivos...

El zorro y el conejo

Una vieja tenía una huerta en la que diariamente hacía perjuicios un conejo. La tal vieja, desde luego, no sabía quién era el dañino. Y fue así como dijo: «Pondré una trampa». Puso la trampa y el conejo cayó, pues llegó de noche y en la oscuridad no pudo verla. Mientras amanecía, el conejo se lamentaba: «Ahora vendrá la vieja. Tiene muy mal genio y quién sabe me matará». En eso pasó por allí un zorro y vio al conejo. «¿Qué te pasa?», le preguntó riéndose. El conejo le respondió: «La vieja busca marido para su hija y ha puesto trampa. Ya ves, he caído. Lo malo es que no quiero casarme. ¿Por qué no ocupas mi lugar? La hija es buenamoza». El zorro pensó un rato y después dijo: «Tiene bastantes gallinas». Soltó al conejo y se puso en la trampa. El conejo se fue y poco después salió la vieja de su casa y acudió a ver la trampa: «¡Ah!, ¿conque tú eras?», dijo, y se volvió a la casa. El zorro pensaba: «Seguramente vendrá con la hija». Al cabo de un largo rato, retornó la vieja, pero sin la hija y con un fierro caliente en la mano. El zorro creyó que era para amenazarlo a fin de que aceptara casarse y se puso a gritar: «¡Sí me caso con su hija! ¡Sí me caso con su hija!». La vieja se le acercó enfurecida y comenzó a chamuscarlo al mismo tiempo que le decía: «¿Conque eso quieres? Te comiste mi gallina ceniza, destrozas la huerta y todavía deseas casarte con mi hija... Toma, toma...». Y le quemaba el hocico, el lomo, la cola, las patas, la panza. La hija apareció al oír el alboroto y se puso a reír viendo lo que pasaba. Cuando el fierro se enfrió, la vieja soltó al zorro. «Ni más vuelvas» le advirtió. El zorro dijo: «Quien no va a volver más es el conejo». Y se fue, todo rengo y maltrecho.

Días van, días vienen... En una hermosa noche de luna, el zorro encontró al conejo a la orilla de un pozo. El conejo estaba tomando agua. «¡Ah! —le dijo el zorro—, ahora caíste. Ya no volverás a engañarme. Te voy a comer». El conejo le respondió: «Está bien, pero primero ayúdame a sacar ese queso que hay en el fondo del pozo. Hace rato que estoy bebiendo y no consigo terminar el agua». El zorro miró, y sin notar que era el reflejo de la luna, dijo: «¿Qué buen queso!». Y se puso a beber. El conejo fingía beber en tanto que el zorro tomaba el agua con todo empeño. Tomó hasta que se le hinchó la panza, que rozaba el suelo. El conejo le preguntó: «¿Puedes moverte?». El zorro hizo la prueba y, sintiendo que le era imposible, respondió: «No». Entonces el conejo fugó. Al amanecer se fue la luna y el zorro se dio cuenta de que el queso no existía, lo que aumentó su cólera contra el conejo.

Días van, días vienen... El zorro encontró al conejo mientras éste se hallaba mirando volar a un cóndor: «Ahora sí que te como», le dijo. El conejo le contestó: «Bueno, pero espera a que el cóndor me enseñe a volar. Me está dando lecciones». El zorro se quedó viendo el gallardo vuelo del cóndor y exclamó: «¡Es hermoso! ¡Me gustaría volar!». El conejo gritó. «Compadre cóndor, compadre cóndor...». El cóndor bajó y el conejo le explicó que el zorro quería volar. El conejo guiñó un ojo. Entonces el cóndor dijo: «Traigan dos lapas». Llevaron dos lapas, o sea dos grandes calabazas partidas, y el cóndor y el conejo las cosieron en los lomos del zorro. Después, el cóndor le ordenó: «Sube a mi espalda». El zorro lo hizo y el cóndor levantó el vuelo. A medida que ascendía, el zorro iba amedrentándose y preguntaba: «¿Me aviento ya?». Y el cóndor le respondía: «Espera un

momento. Para volar bien se necesita tomar altura». Así fueron subiendo hasta que estuvieron más alto que el cerro más alto. Entonces el cóndor dijo: «Aviéntate». El zorro se tiró, pero no consiguió volar sino que descendía verticalmente dando volteretas. El conejo, que lo estaba viendo, gritaba: «¡Mueve las lapas! ¡Mueve las lapas!». El zorro movía las lapas, que se entrechocaban sonando: *trac, tarac, trac, tarac, trac*; pero sin lograr sostenerlo. «¡Mueve las lapas!» seguía gritando el conejo. Hasta que el zorro cayó de narices en un árbol. Esto impidió que se matara aunque siempre quedó rasmillado. Vio en el árbol un nido de pajaritos y dijo: «Ahora me los comeré». Un zorzal llegó piando y le suplicó: «¡No los mates! ¡Son mis hijos! Pídeme lo que quieras, pero no los mates». Entonces el zorro pidió que le sacara las lapas y le enseñara a silbar. El zorzal le sacó las lapas y sobre el silbo le dijo: «Tienes que ir donde el zapatero para que te cosa la boca y te deje sólo un agujerito. Llévale algo en pago del trabajo. Después te enseñaré...». El zorro bajó del árbol y en un pajonal encontró una perdiz con sus crías. Atrapó dos y siguió hacia el pueblo. La pobre perdiz se quedó llorando. El zapatero, que vivía a la entrada del pueblo, recibió el obsequio y realizó el trabajo. Luego, según lo convenido, el zorzal dio las lecciones necesarias. Y desde entonces, el zorro, muy ufano, se pasaba la vida silbando. Olvidó que tenía que comerse al conejo porque la venganza se olvida con la felicidad. Se alimentaba con la miel de los panales. El conejo, por su parte, lo veía pasar y decía: «Se ha dedicado al silbo. Y con la boca cosida no podrá comerme». Pero no hay bien que dure siempre. La perdiz odiaba al zorro y un día se vengó del robo de sus tiernas crías. Iba el zorro por el camino silbando como de costumbre: *fliu, fliu, fliu...* Soplaba encantado de la vida: *fliu, fliu, fliu...* La perdiz, de pronto, salió volando por sus orejas, a la vez que piaba del modo más estridente: *pi, pi, pi, pi, pi...* El zorro se asustó abriendo tamaña boca: ¡guac!, y al romperse la costura quedó sin poder silbar. Entonces recordó que tenía que comerse al conejo.

Días van, días vienen... Encontró al conejo al pie de una peña. Apenas éste distinguió a su enemigo, se puso a hacer como que sujetaba la peña para que no lo aplastara. «Ahora no te escapas», dijo el zorro acercándose. «Y tú tampoco —respondió el conejo—. Esta peña se va a caer y nos aplastará a ambos». Entonces el zorro, asustado, saltó hacia la peña y con todas sus fuerzas la sujetó también. «Pesa mucho», dijo pujando. «Sí —afirmó el conejo—, y dentro de un momento quizá se nos acaben las fuerzas y nos aplaste. Cerca hay unos troncos. Aguanta tú mientras voy a traer uno». «Bueno», dijo el zorro. El conejo se fue y no tenía cuándo volver. El zorro jadeaba resistiendo la peña y al fin resolvió apartarse de ella dando un ágil y largo salto. Así lo hizo y la peña se quedó en su sitio. Entonces el zorro comprendió que había sido engañado una vez más y dijo: «La próxima vez no haré caso de nada».

Días van, días vienen... El zorro no conseguía atrapar al conejo, que se mantenía siempre alerta y echaba a correr apenas lo divisaba. Entonces resolvió ir a cogerlo en su propia casa. Preguntando a un animal y otro, llegó hasta la morada del conejo. Era una choza de achupallas. El dueño se hallaba moliendo ají en un batán de piedra. «Ah —dijo el zorro—, ese ají me servirá para comerte bien guisado». El conejo le contestó. «Estoy moliendo porque dentro de un momento llegarán unas bandas de pallas. Tendré que agasajarlas. Vienen “diablos” y cantantes. Si tú me matas, se pondrán tristes y ya no querrán bailar ni cantar. Ayúdame más bien a moler el ají». El zorro aceptó diciendo: «Voy a ayudarte por ver las pallas, pero después te comeré». Y se puso a moler. El conejo, en un

descuido del zorro, cogió un leño que ardía en el fogón cercano y prendió fuego a la choza. Se sabe que las achupallas son unas pencas que arden produciendo detonaciones y chasquidos. El zorro preguntó por los ruidos y el conejo respondió: «Son las pallas. Suenan los látigos de los “diablos” y los cohetes». El zorro siguió moliendo y el conejo dijo: «Echaré sal al ají». Simulando hacerlo cogió un poco de ají y lo arrojó a los ojos del zorro. Éste quedó enceguecido y el conejo huyó. El fuego se propagó a toda la choza y el zorro, que buscaba a tientas la puerta, se chamuscó entero mientras lograba salir. Estuvo muchos días con el cuerpo y los ojos ardientes por las quemaduras y el ají. Pero una vez que se repuso, dijo: «Lo encontraré y comeré ahí mismo». Se dedicó a buscar al conejo día y noche. Después de mucho tiempo pudo dar con él. El conejo estaba en un prado, tendido largo a largo, tomando el sol. Cuando se dio cuenta de la presencia del zorro, ya era tarde para escapar. Entonces continuó en esa posición y el zorro supuso que dormía: «Ah, conejito —exclamó muy satisfecho—, el que tiene enemigo no duerme. Ahora sí que te voy a comer». En eso, el conejo soltó un cuesco. El zorro olió y muy decepcionado dijo: «¡Huele mal! ¡Cuántos días hará que ha muerto!». Y se marchó. Desde entonces, el conejo vivió una existencia placentera y tranquila. Hizo una nueva choza y se paseaba confiadamente por el bosque y los campos.

Días van, días vienen... días van, días vienen... El zorro lo distinguía por allí comiendo su yerba. Entonces se decía: «Es otro». Y seguía su camino...

Navidad en los Andes

Marcabal Grande, hacienda de mi familia, queda en una de las postreras estribaciones de los Andes, lindando con el río Marañón. Compónenla cerros enhiestos y valles profundos. Las frías alturas azulean de rocas desnudas. Las faldas y llanadas propicias verdean de sembríos, donde hay gente que labre, pues lo demás es soledad de naturaleza silvestre. En los valles aroman el café, el cacao y otros cultivos tropicales, a retazos, porque luego triunfa el bosque salvaje. La casa-hacienda, antañona construcción de paredes calizas y tejas rojas, álzase en una falda, entre eucaliptos y muros de piedra, acequias espejeantes y un huerto y un jardín y sembrados y pastizales. A unas cuabras de la casa, canta su júbilo de aguas claras una quebrada y a otras tantas, diseña su melancolía de tumbas un panteón. Moteando la amplitud de la tierra, cerca, lejos, humean los bohíos de los peones. El viento, incansable transeúnte andino, es como un mensaje de la inmensidad formada por un tumulto de cerros que hieren el cielo nítido a golpe de roquedales.

Cuando era niño, llegaba yo a esa casa cada diciembre durante mis vacaciones. Desmontaba con las espuelas enrojecidas de acicatear al caballo y la cara desollada por la fusta del viento jalquino. Mi madre no acababa de abrazarme. Luego me masajeaba las mejillas y los labios agrietados con manteca de cacao. Mis hermanos y primos miraban las alforjas indagando por juguetes y caramelos. Mis parientes forzudos me levantaban en vilo a guisa de saludo. Mi ama india dejaba resbalar un lagrimón. Mi padre preguntaba invariablemente al guía indio que me acompañó si nos había ido bien en el camino y el indio respondía invariablemente que bien. Indio es un decir, que algunos eran cholos. Recuerdo todavía sus nombres camperos: Juan Bringas, Gaspar Chiguala, Zenón Pincel. Solían añadir, de modo remolón, si sufrimos lluvia, granizada, cansancio de caballos o cualquier accidente. Una vez, la primera respuesta de Gaspar se hizo más notable porque una súbita crecida llevose un puente y por poco nos arrastra el río al vadearlo. Mi padre regañó entonces a Gaspar:

—¿Cómo dices que bien?

—Si hemos llegao bien, todo ha estao bien —fue su apreciación.

El hecho era que el hogar andino me recibía con el natural afecto y un conjunto de características a las que podría llamar centenarias y, en algunos casos, milenarias.

Mi padre comenzaba pronto a preparar el Nacimiento. En la habitación más espaciosa de la casona, levantaba un armazón de cajones y tablas, ayudado por un carpintero al que decían Gamboyao y nosotros los chicuelos, a quienes la oportunidad de clavar o serruchar nos parecía un privilegio. De hecho lo era, porque ni papá ni Gamboyao tenían mucha confianza en nuestra destreza.

Después, mi padre encaminábase hacia alguna zona boscosa, siempre seguido de nosotros los pequeños, que hechos una vocinglera turba, poníamos en fuga a perdices,

torcaces, conejos silvestres y otros espantadizos animales del campo. Del monte traíamos musgo, manojos de unas plantas parásitas que crecían como barbas en los troncos, unas pencas llamadas achupallas, ciertas carnosas siemprevivas de la región, ramas de hojas olorosas y extrañas flores granates y anaranjadas. Todo ese mundillo vegetal capturado tenía la característica de no marchitarse pronto y debía cubrir la armazón de madera. Cumplido el propósito, la amplia habitación olía a bosque recién cortado.

Las figuras del Nacimiento eran sacadas entonces de un armario y colocadas en el centro de la armazón cubierta de ramas, plantas y flores. San José, la Virgen y el Niño, con la mula y el buey, no parecían estar en un establo, salvo por el puñado de paja que amarilleaba en el lecho del Niño. Quedaban en medio de una síntesis de selva. Tal se acostumbraba tradicionalmente en Marcabal Grande y toda la región. Ante las imágenes relucía una plataforma de madera desnuda, que oportunamente era cubierta con un mantel bordado, y cuyo objeto ya se verá.

En medio de los preparativos, mamá solía decir a mi padre, sonriendo de modo tierno y jubiloso:

—José, pero si tú eres ateo...

—Déjame, déjame, Herminia —replicaba mi padre con buen humor—, no me recuerdes eso ahora y... a los chicos les gusta la Navidad...

Un ateo no quería herir el alma de los niños. Toda la gente de la región, que hasta ahora lo recuerda, sabía por experiencia que mi padre era un cristiano por las obras y cotidianamente.

Por esos días llegaban los indios y cholos colonos a la casa, llevando obsequios, a nosotros los pequeños, a mis padres, a mi abuela Juana, a mis tíos, a quien quisieran elegir entre los patronos. Más regalos recibía mamá. Obsequiábanos gallinas y pavos, lechones y cabritos, frutas y tejidos y cuantas cosillas consideraban buenas. Retornábaseles la atención con telas, pañuelos, rondines, machetes, cuchillas, sal, azúcar... Cierta vez, un indio regalome un venado de meses que me tuvo deslumbrado durante todas las vacaciones.

Por esos días también iban ensayando sus cantos y bailes las llamadas «pastoras», banda de danzantes compuesta por todas las muchachas de la casa y dos mocetones cuyo papel diré luego.

El día 24, salido el sol apenas, comenzaba la masacre de animales, hecha por los sirvientes indios. La cocinera Vishe, india también, a la cual nadie le sabía la edad y mandaba en la casa con la autoridad de una antigua institución, pedía refuerzos de asistentes para hacer su oficio. Mi abuela Juana y mamá, con mis tías Carmen y Chana, amasaban buñuelos. Mi padre alineaba las encargadas botellas de pisco y cerveza, y acaso alguna de vino, para quien quisiese. En la despensa hervía roja chicha en cónicas botijas de greda. Del jardín llevábanse rosas y claveles al altar, la sala y todas las habitaciones. Tradicionalmente, en los ramos entremezclábanse los colores rojo y blanco. Todas las

gentes y las cosas adquirirían un aire de fiesta.

Servíase la cena en un comedor tan grande que hacía eco, sobre una larga mesa iluminada por cuatro lámparas que dejaban pasar una suave luz a través de pantallas de cristal esmerilado. Recuerdo el rostro emocionadamente dulce de mi madre, junto a una apacible lámpara. Había en la cena un alegre recogimiento aumentado por la inmensa noche, de grandes estrellas, que comenzaba junto a nuestras puertas. Como que rezaba el viento. Al suave aroma de las flores que cubrían las mesas, se mezclaba la áspera fragancia de los eucaliptos cercanos.

Después de la cena pasábamos a la habitación del Nacimiento. Las mujeres se arrodillaban frente al altar y rezaban. Los hombres conversaban a media voz, sentados en gruesas sillas adosadas a las paredes. Los niños, según la orden de cada mamá, rezábamos o conversábamos. No era raro que a un chicuelo demasiado alborotador se lo llamara a rezar como castigo. Así iba pasando el tiempo.

De pronto, a lo lejos sonaba un canto que poco a poco avanzaba acercándose. Era un coro de dulces y claras voces. Deteníase junto a la puerta. Las «pastoras» entonaban una salutación, cantada en muchos versos. Recuerdo la suave melodía. Recuerdo algunos versos:

En el portal de Belén

hay estrellas, sol y luna;

la Virgen y San José

y el niño que está en la cuna.

Niñito, por qué has nacido

en este pobre portal,

teniendo palacios ricos

donde poderte abrigar...

Súbitamente las «pastoras» irrumpían en la habitación, de dos en dos, cantando y bailando a la vez. La música de los versos había cambiado y éstos eran más simples.

Cuantas muchachas quisieron formar la banda, tanto las blancas hijas de los patronos como las sirvientas indias y cholos, estaban allí confundidas. Todas vestían trajes típicos de vivos colores. Algunas ceñíanse una falda de pliegues precolombina, llamada anaco. Todas llevaban los mismos sombreros blancos adornados con cintas y unas menudas hojas redondas de olor intenso. Todas calzaban zapatillas de cordobán. Había personajes cómicos. Eran los «viejos». Los dos mocetones habíanse disfrazado de tales, simulando jorobas con un bulto de ropas y barbajas con una piel de chivo. Empuñaban cayados. Entre canto y canto, los «viejos» lanzaban algún chiste y bailaban dando saltos cómicos. Las muchachas danzaban con blanda cadencia, ya en parejas o en forma de ronda. De cuando en vez, agitaban claras sonajas. Y todo quería ser una imitación de los pastores que llegaron a Belén, así con esos trajes americanos y los sombreros peruanísimos. El cristianismo hondo estaba en una jubilosa aceptación de la igualdad. No había patrona ni sirvientitas y tampoco razas diferenciadoras esa noche.

La banda irrumpía el baile para hacer las ofrendas. Cada «pastora» iba hasta la puerta, donde estaban los cargadores de los regalos y tomaba el que debía entregar. Acercándose al altar, entonaba un canto alusivo a su acción.

—*Señora Santa Ana,*

¿por qué llora el Niño?

—*Por una manzana*

que se le ha perdido.

—*No llore por una,*

yo le daré dos:

una para el Niño

y otra para vos.

La muchacha descubriase entonces, caía de rodillas y ponía efectivamente dos manzanas en la plataforma que ya mencionamos. Si quería dejaba más de las enumeradas en el canto. Nadie iba a protestar. Una tras otra iban todas las «pastoras» cantando y haciendo sus ofrendas. Consistían en juguetes, frutas, dulces, café y chocolate, pequeñas cosas bellas hechas a mano. Una nota puramente emocional era dada por la «pastora» más pequeña de la banda. Cantaba:

A mi niño Manuelito

todas le trae un don.

Yo soy chica y nada tengo,

le traigo mi corazón.

La chicuela arrodillábase haciendo con las manos el ademán del caso. Nunca faltaba quien asegurara que la mocita de veras parecía estar arrancándose el corazón para ofrendarlo.

Las «pastoras» íbanse entonando otros cantos, en medio de un bailecito mantenido

entre vueltas y venias. A poco entraban de nuevo, con los rebozos y sombreros en las manos, sonrientes las caras, a tomar parte en la reunión general.

Como habían pasado horas desde la cena, tomábase de la plataforma los alimentos y bebidas ofrendados al Niño Jesús. No se iba a molestar el Niño por eso. Era la costumbre. Cada uno servíase lo que deseaba. A los chicos nos daban además los juguetes. Como es de suponer, las «pastoras» también consumían sus ofrendas. Conversábase entretanto. Frecuentemente, pedíase a las «pastoras» de mejor voz que cantaran solas. Algunas accedían. Y entonces todo era silencio, para escuchar a una muchacha erguida, de lucidas trenzas, elevando una voz que era a modo de alta y plácida plegaria.

La reunión se disolvía lentamente. Brillaban linternas por los corredores. Me acostaba en mi cama de cedro, pero no dormía. Esperaba ver de nuevo a mamá. Me gustaba ver que mi madre entraba caminando de puntillas y, como ya nos habían dado los juguetes, ponía debajo de mi almohada un pañuelo que había bordado con mi nombre. Me conmovía su ternura. Deseaba yo correspondérsela y no le decía que la existencia había empezado a recortarme los sueños. Ella me dejó el pañuelo bordado, tratando de que yo no despertara, durante varios años.

La Misa de Gallo

El pequeño Tito Mamani nunca era llevado a la Misa de Gallo, porque su patrona decía: «No quiero ver indios dormilones en la iglesia». Entonces Tito se dormía con su perro en un lecho de pieles de carnero.

Con otros chicuelos, armaba livianas trampas de carrizo para cazar pájaros, nadaba en la retozona quebrada, arrojaba piedras con su honda de colores, deambulaba por los campos recogiendo agridulces moras o pulposas callampas. Así iba creciendo.

Cierta vez que llevó a la patrona una canasta repleta de grandes setas brotadas con las primeras lluvias, ella le prometió, al fin, llevarlo a la Misa de Gallo.

Tarde ya, empezó a caminar la gente rumbo a la vieja iglesia. En uno de los grupos iban los hacendados seguidos de Tito y su madre, sirvienta de la patrona.

Junto a la puerta, un coro de indios tocaba arpas y violines. Medio arrastrado por su madre, quien lo conducía de la mano, Tito miraba boquiabierto a los músicos. Así no se dio cuenta de que ya estaban entrando a la iglesia y debía sacarse el sombrero. Su madre se lo arrebató, dándole además un coscorrón. «¡Zonzo!», le dijo.

Tito estaba absorto. Preguntaba en voz baja y le respondía su madre, señalando con el índice: «La Virgen... San José... El Niño Dios... la mula... el güey».

Tito dormía con su perro, pero nunca había visto un lecho con mula y buey. Como se asombró, su madre le dijo: «El Niño Dios nació en un pesebre». Tito aún preguntó: «¿Eran pobres como nosotros?». Y su madre respondió: «Sí, San José era carpintero».

La gente rezaba formando un rumor profundo. Unos muchachos, provistos de silbatos de hojalata llenos de agua, soplaron simulando una melodía de pájaros matinales. Unas muchachas llamadas «pastoras» cantaron dulces canciones:

Gloria a Dios en las alturas

y en la tierra, paz y unión,

hoy los ángeles entonan

esta divina canción.

Gloria a Dios en las alturas

y en la tierra, paz y calma,

porque en Belén ha nacido

el Redentor de las almas.

Todo era hermoso y sorprendente, pero nada impresionaba tanto a Tito como el Niño, que era Dios y era pobre, nacido en ese lecho de paja sobre el cual resplandecía una estrella.

En la casa-hacienda, de regreso, la patrona dio a su sirvienta y a Tito una abundosa ración de buñuelos. Después de comerlos, no tardaron en dormirse. Y de pronto el propio Niño Dios entró al cuarto de Tito. Vestía túnica celeste y llevaba la argentada estrella en la mano. «¡Tito!», llamó el Niño con voz cantarina. «¡Ven, Tito, aquí está la estrella! ¡Tómala!». Tito se incorporó para atraparla, pero fue despertado por el frío viento andino que colaba las rendijas. «¡Mamá, mamá!», llamó Tito explicando luego: «Vino el Niño Dios, pero ya no está». Su madre comprendió. «Ya regresará, hijito mío», le aseguró. «El Niño Dios siempre vuelve».

Lleno de confianza, Tito Mamani tornó a dormirse.

Cuentos y leyendas de la selva amazónica

Leyenda de Tungurbao

Contemplo el Marañón, admirando su corriente poderosa, y pienso que el gran río podría hablarnos de Tungurbao. Veo el cerro Lluribe, apenas columbro su frente de roca perdida entre las nubes, y sé que también nos diría de Tungurbao. Esas piedras de Chacratok, con las cuales labró su casa, serían igualmente capaces de contarnos de Tungurbao. Las peñas, los árboles, los senderos, las yerbas, los aromas, cada grumo de la tierra, saben de Tungurbao.

Las nubes que se levantan después de la lluvia darían razón de Tungurbao, de veras. Lo mismo el cielo limpio, que es espejo de la tierra, y el sol que alumbra toda cosa. La oscuridad de la noche vio pasar a Tungurbao con sus ojos de negro pedernal. También la luna, dueña de la claridad que pelea con la sombra. El aire quieto o hecho viento llevó la música de la flauta de oro de Tungurbao.

Los animales mansos y salvajes saben de Tungurbao a tal punto que digo salvajes por decir.

Tungurbao los apacigua con su sola presencia. El puma cauteloso, el cóndor de alto volar, el oso de las quebradas, la víbora de salto traicionero, el colibrí posado en el aire y aun el insecto que es chispa o zumbido fugaz, eran amigos de Tungurbao.

Todos los seres y las cosas, de los cuales creemos que no hablan, podrían contarnos la historia de Tungurbao, de manera cierta y sabia. Pero no atinamos a entender cuanto dicen con sus rugidos, gritos, cantos y silbos, ruidos y rumores. Menos aún lo que dicen con su silencio.

Para conocer la historia de Tungurbao, debemos atenernos, pues, a las palabras de los hombres, que no son siempre exactas ni prudentes.

Es así como hay muchas historias de Tungurbao que los hombres repiten a pedazos y sin concierto. Unos creen que Tungurbao era un genio del bien y otros que del mal. Los más le llaman el hombre misterioso de Chacratok. Todos aceptan que era un extraño encantador.

Oyendo contar de Tungurbao, cuando las gentes hablan por gusto, preguntando de propósito, quedándome en la ignorancia de mucho y conociendo hasta pasmarme o llorar, yo he logrado juntar hartas historias de Tungurbao. Quién sabe, para contarlas enteras tanto como se pueda...

En noches así enlunadas crecen los pensamientos y la mente suele soltarse. Yo hablo de Tungurbao con el esmero del que rema en aguas tormentosas.

Miren el sendero de oro que une la luna al Marañón... El Lluribe se ha limpiado las

nubes de la frente... Oigan cómo llega el viento y habla en los árboles... Si serán señales de Tungurbao... que él me ayude a contar...

Panki y el guerrero

Fue cuando el pueblo aguaruna supo de veras lo que es muerte. Allá lejos, en esa laguna de aguas negras que no tiene caño de entrada ni de salida y está rodeada de alto bosque, vivía en tiempos viejos una enorme panki. Da miedo tal laguna sombría y sola, cuya oscuridad apenas refleja los árboles, pero más temor infundía cuando aquella panki, tan descomunal como otra no se ha visto, aguaitaba desde allí. Claro que los aguarunas enfrentamos debidamente a las boas de agua, llamadas por los blancos leídos anacondas. Sabemos disparar la lanza y clavarla en media frente. Si hay que trabarse en lucha, resistiendo la presión de unos anillos que amasan carnes y huesos, las mordemos como tigres o las cegamos como hombres, hundiéndoles los dedos en los ojos. Las boas huyen al sentir los dientes en la piel o caer aterradamente en la sombra. Con cerbatana, les metemos virotes envenenados y quedan tiesas. El arpón es arma igualmente buena. De muchos modos más, los aguarunas solemos vencer a las pankis. Pero en aquella laguna de aguas negras, misteriosa hasta hoy, apareció una panki que tenía realmente amedrentado al pueblo aguaruna. Era inmensa y dicen que casi llenaba la laguna, con medio cuerpo recostado en el fondo legamoso y el resto erguido, hasta lograr que asomara la cabeza. Sobre el perfil del agua, en la manchada cabeza gris, los ojos brillaban como dos pedruscos pulidos. Si cerrada, la boca oval semejava la concha de una tortuga gigantesca; si abierta, se ahondaba negreando. Cuando la tal panki resoplaba, oíase el rumor a gran distancia. Al moverse, agitaba las aguas como un río súbito. Reptando por el bosque, era como si avanzara una tormenta. Los asustados animales no osaban ni moverse y la panki los engullía a montones. Parecía pez del aire.

Al principio, los hombres imaginaron defenderse. Los virotes envenenados con curare, las lanzas y arpones fuertemente arrojados, de nada servían. La piel reluciente de panki era también gruesa y los dardos valían como el isango, esa nigua mínima del bosque, y las lanzas y arpones quedaban como menudas espinas en la abultada bestia. Ni pensar en lucha cuerpo a cuerpo. La maldita panki era demasiado poderosa y engullía a los hombres tan fácilmente como a los animales. Así fue como los aguarunas no podían siquiera pelear. Los solos ojos fijos de panki paralizaban a una aldea y era aparentemente invencible. Después de sus correrías, tornaba a la laguna y allí estabase, durante días, sin que nadie osara ir apenas a columbrarla. Era una amenaza escondida en esa laguna escondida. Todo el bosque temía el abrazo de panki. Los mismos árboles recelaban de la implacable panki.

Habiendo asolado una ancha porción de selva, debía llegar de seguro a cierta aldea aguaruna donde vivía un guerrero llamado Yacuma. Este memorable hombre del bosque era tan fuerte y valiente como astuto. Diestro en el manejo de todas las armas, ni hombres ni animales lo habían vencido nunca. Siempre lucía la cabeza de un enemigo, reducida según los ritos, colgando sobre su altivo pecho. El guerrero Yacuma resolvió ir al encuentro de la serpiente, pero no de simple manera. Coció una especie de olla, en la que metió la cabeza y parte del cuerpo, y dos cubos más pequeños en los que introdujo los brazos. La arcilla había sido mezclada con ceniza de árbol para que adquiriera una dureza mayor forrada en cuero. Protegido, disfrazado y armado así, Yacuma avanzó entre el bosque y

llegó a orillas de la laguna. Resueltamente entró al agua mientras, no muy lejos, en la chata cabezota acechante, brillaban los ojos ávidos de la fiera panki. La serpiente no habría de vacilar. Sea porque le molestara que alguien llegase a turbar su tranquilidad, porque tuviese ya hambre o por natural costumbre, distendiese hasta Yacuma y abriendo las fauces, lo engulló. La protección ideada hizo que, una vez devorado, Yacuma llegara sin sufrir mayor daño hasta donde palpitaba el corazón de la serpiente. Entonces, quitose las ollas de greda y ceniza, desnudó su cuchillo y comenzó a dar recios tajos al batiente corazón. Era tan grande y sonoro como un maguaré. Mientras tanto, panki se revolvía de dolor, contorsionándose y dando tremendos coletazos. La laguna parecía un hervor de anillos. Aunque el turbión de sangre y entrañas revueltas lo tenía casi ahogado, Yacuma acuchilló hasta destrozar el corazón de la sañuda panki. La sierpe cedió, no sin trabajo, porque las pankis mueren lentamente y más ésa. Sintiéndola ya inerte, Yacuma abrió un boquete por entre las costillas, salió como una flecha sangrienta y alcanzó la orilla a nado. No pudo sobrevivir muchos días. Los líquidos de la boa de agua le rajaron las carnes y acabó desangrado. Y así fue como murió la más grande y feroz panki y el mejor guerrero aguaruna también murió, pero después de haberla vencido.

Todo esto ocurrió hace mucho tiempo, nadie sabe cuánto. Las lunas no son suficientes para medir la antigüedad de tal historia. Tampoco las crecientes de los ríos ni la memoria de los viejos que conocieron a otros más viejos. Cuando algún aguaruna llega al borde de la laguna sombría, si quiere da voces, tira arpones y observa. Las prietas aguas siguen quietas. Una panki, como la muerta por el guerrero Yacuma, no ha surgido más.

El barco fantasma

Por los lentos ríos amazónicos navega un barco fantasma, en misteriosos tratos con la sombra, pues siempre se lo ha encontrado de noche. Está extrañamente iluminado por luces rojas, tal si en su interior hubiese un incendio. Está extrañamente equipado de mesas que son en realidad enormes tortugas, de hamacas que son grandes anacondas, de bateles que son caimanes gigantescos. Sus tripulantes son bufeos vueltos hombres. A tales peces obesos, llamados también delfines, nadie los pesca y menos los come. En Europa, el delfín es plato de reyes. En la selva amazónica, se los puede ver nadar en fila, por decenas, en ríos y lagunas, apareciendo y desapareciendo uno tras otro, tan rítmica como plácidamente, junto a las canoas de los pescadores. Ninguno osaría arponear a un bufeo, porque es pez mágico. De noche vuélvese hombre y en la ciudad de Iquitos ha concurrido alguna vez a los bailes, requebrando y enamorando a las hermosas. Diose el caso de que una muchacha, entretenida hasta la madrugada por su galán, vio con pavor que se convertía en bufeo. Pudo ocurrir también que el pez mismo fuera atraído por la hermosa hasta el punto en que se olvidó su condición. Corrientemente, esos visitantes suelen irse de las reuniones antes de que raye el alba. Sábese de su peculiaridad porque muchos los han seguido y vieron que, en vez de llegar a casa alguna, fuéronse al río y entraron a las aguas, recobrando su forma de peces.

El barco fantasma está, pues, tripulado por bufeos. Un indio del alto Ucayali vio a la misteriosa nave no hace mucho, según cuentan en Pucallpa y sus contornos. Sucedió que tal indígena, perteneciente a la tribu de los shipibos, estaba cruzando el río en una canoa cargada de plátanos, ya oscurecido. A medio río distinguió un pequeño barco que le pareció ser de los que acostumbreadamente navegan por esas aguas. Llamáronlo desde el barco a voces, ofreciéndole compra de los plátanos y como le daban buen precio, vendió todo el cargamento. El barco era chato, el shipibo limitose a alcanzar los racimos y ni sospechó qué clase de nave era. Pero no bien había alejado a su canoa unas brazas, oyó que del interior del barco salía un gran rumor y luego vio con espanto que la armazón entera se inclinaba hacia delante y hundía, iluminando desde dentro las aguas, de modo que dejó una estela rojiza unos instantes, hasta que todo se confundió con la sombría profundidad. De ser barco igual que todos, los tripulantes se habrían arrojado al agua, tratando de salvarse del hundimiento. Ninguno lo hizo. Era el barco fantasma.

El indio shipibo, bogando a todo remo, llegó a la orilla del río y allí se fue derecho a su choza, metiéndose bajo su toldo. Por los plátanos le habían dado billetes y moneda dura. Al siguiente día, vio el producto del encantamiento. Los billetes eran pedazos de piel de anaconda y las monedas, escamas de pescado. La llegada de la noche habría de proporcionarle una sorpresa más. Los billetes y las monedas de plata, lo eran de nuevo. Así es que el shipibo estuvo pasando en los bares y bodegas de Pucallpa, durante varias noches, el dinero mágico procedente del barco fantasma.

Sale el barco desde las más hondas profundidades, de un mundo subacuático en el cual hay ciudades, gentes, toda una vida como la que se desenvuelve a flor de tierra. Salvo

que ésa es una existencia encantada. En el silencio de la noche, aguzando el oído, puede escucharse que algo resuena en el fondo de las aguas, como voces, como gritos, como campanas...

La sirena del bosque

El árbol llamado lupuna, uno de los más originalmente hermosos de la selva amazónica, «tiene madre». Los indios selváticos dicen así del árbol al que creen poseído por un espíritu o habitado por un ser viviente. Disfrutan de tal privilegio los árboles bellos o raros. La lupuna es uno de los más altos del bosque amazónico, tiene un ramaje gallardo y su tallo, de color gris plomizo, está guarnecido en la parte inferior por una especie de aletas triangulares. La lupuna despierta interés a primera vista y en conjunto, al contemplarlo, produce una sensación de extraña belleza. Como «tiene madre», los indios no cortan a la lupuna. Las hachas y machetes de la tala abatirán porciones de bosque para levantar aldeas, o limpiar campos de siembra de yuca y plátanos, o abrir caminos. La lupuna quedará señoreando. Y de todos modos, así no hay roza, sobresaldrá en el bosque por su altura y particular conformación. Se hace ver.

Para los indios cocamas, la «madre» de la lupuna, el ser que habita dicho árbol, es una mujer blanca, rubia y singularmente hermosa. En las noches de luna, ella sube por el corazón del árbol hasta lo alto de la copa, sale a dejarse iluminar por la luz esplendente, y canta. Sobre el océano vegetal que forman las copas de los árboles, la hermosa derrama su voz clara y alta, singularmente melodiosa, llenando la solemne amplitud de la selva. Los hombres y los animales que la escuchan quedan como hechizados. El mismo bosque parece aquietar sus ramas para oírla.

Los viejos cocamas previenen a los mozos contra el embrujo de tal voz. Quien la escuche, no debe ir hacia la mujer que la entona, porque no regresará nunca. Unos dicen que muere esperando alcanzar a la hermosa y otros que ella lo convierte en árbol. Cualquiera que fuese su destino, ningún joven cocama que siguió a la voz fascinante, soñando con ganar a la bella, regresó jamás.

Es aquella mujer, que sale de la lupuna, la sirena del bosque. Lo mejor que puede hacerse es escuchar con recogimiento, en alguna noche de luna, su hermoso canto próximo y distante.

La Madre de las Enfermedades

Se llama Unguymaman, o sea, Madre de las Enfermedades. Vive en las aguas profundas y sale a la superficie en las noches oscuras, tempestuosas o lluviosas, para hacer el mal.

Va dando voces desde el agua, por ríos, quebradas, lagos y lagunas. Da voces cuando ve lanchas, balsas y canoas, o también casas en las orillas. Con la entonación del grito del sapo y algo más, llama: «¡Uf!», «¡uf!»... Puede también que su voz parezca el aullido del viento, o el de algún otro animal, y hasta la llamada confusa de un ser humano. Si sale a tierra, la Unguymaman llama de casa en casa, sin tocar la puerta, con la misma voz. Es una voz a la que se puede reconocer por su tono lúgubre y aleve.

Cualquier persona que escuche a la Unguymaman, hombre, mujer o niño, no debe contestar. Si responde, la Unguymaman le dará la enfermedad. No hay que contestarle con una sola palabra ni con nada. La persona que necesite de nosotros, debe tocar a la puerta o llamarnos hablando, para reconocerla debidamente. Sólo en tales casos se contestará.

De la Unguymaman se sabe únicamente que es un ser maligno, cuya forma nadie ha llegado a precisar. ¿Quién podría verla durante esas noches lóbregas en que abandona su habitual morada y sale en busca de sus víctimas? Para hacer daño bástale la voz, pero a condición de que se le conteste.

Los rivales y el juez

Un sapo estaba muy ufano de su voz y toda la noche se la pasaba cantando: toc, toc, toc... y una cigarra estaba más ufana de su voz y se pasaba toda la noche y también todo el día cantando: chirr, chirr, chirr... Una vez se encontraron y el sapo le dijo: «Mi voz es mejor». Y la cigarra le contestó: «La mía es mejor». Se armó una discusión que no tenía cuándo acabar. El sapo decía que él cantaba toda la noche. La cigarra decía que ella cantaba día y noche. El sapo decía que su voz se oía a más distancia y la cigarra decía que su voz se oía siempre. Se pusieron a cantar alternándose: toc, toc, toc...; chirr, chirr, chirr... y ninguno se convencía. Y el sapo dijo: «Por aquí, a la orilla de la laguna, se para una garza. Vamos a que haga de juez». Y la cigarra dijo: «Vamos». Saltaron y saltaron hasta que vieron a la garza. Era parda y estaba parada en una pata, mirando el agua. «Garza, ¿sabes cantar?», gritó la cigarra. «Sí sé», respondió la garza echándoles una ojeada. «A ver, canta, queremos oír cómo lo haces para nombrarte juez», dijo el sapo. La garza tenía sus intenciones y respondió: «¿Y quiénes son ustedes para pedirme prueba? Mi canto es muy fino, despreciables gritones. Si quieren, aprovechen mi justicia; si no, sigan su camino». Y con gesto aburrido estiró la otra pata. «Cierto —dijo el sapo—, nosotros no tenemos por qué juzgar a nuestro juez». Y la cigarra gritó: «Garza, queremos únicamente que nos digas cuál de nosotros dos canta mejor». La garza respondió: «Entonces acérquense para oírlos bien». El sapo dijo a la cigarra: «Quién sabe nos convendría más no acercarnos y dar por terminado el asunto». Pero la cigarra estaba convencida de que iba a ganar y, dominada por la vanidad, dijo: «Vamos, tu voz es más fea y ahora temes perder». El sapo tuvo cólera y contestó: «Ahora oirás lo que es canto». Y a grandes saltos se acercó a la garza seguido de la cigarra. La garza volteó y ordenó al sapo: «Canta ahora». El sapo se puso a cantar, indiferente a todo, seguro del triunfo y mientras tanto la garza se comió a la cigarra. Cuando el sapo terminó, dijo la garza: «Ahora, seguiré la discusión en mi buche», y también se lo comió. Y la garza, satisfecha de su acción, encogió una pata y siguió mirando tranquilamente el agua.

Leyenda del ayaymama

Hace tiempo, mucho tiempo, vivía en las márgenes de un afluente del Napo —río que avanza selva adentro para desembocar en el Amazonas— la tribu secoya del cacique Coranke. Él tenía, como todos los indígenas, una cabaña de tallos de palmera techada con hojas de la misma planta. Allí estaba con su mujer, que se llamaba Nara, y su hijita. Bueno: que estaba es sólo un decir, pues Coranke, precisamente, casi nunca se encontraba en casa. Era un hombre fuerte y valiente que siempre andaba por el riñón del bosque en los trajines de la caza y la guerra. Donde ponía el ojo clavaba la flecha y esgrimía con inigualada potencia el garrote de madera dura como la piedra. Patos silvestres, tapires y venados caían con el cuerpo traspasado y más de un jaguar que trató de saltarle sorpresivamente rodó por el suelo con el cráneo aplastado de un mazazo. Los indios enemigos le huían.

Nara era tan bella y hacendosa como Coranke fuerte y valiente. Sus ojos tenían la profundidad de los ríos, en su boca brillaba el rojo encendido de los frutos maduros, su cabellera lucía la negrura del ala del paujil y su piel la suavidad de la madera del cedro. Y sabía hacer túnicas y mantas de hilo de algodón, y trenzar hamacas con la fibra de la palmera shambira, que es muy elástica, y modelar ollas y cántaros de arcilla, y cultivar una chacra —próxima a su cabaña— donde prosperaban el maíz, la yuca y el plátano.

La hijita, muy pequeña aún, crecía con el vigor de Coranke y la belleza de Nara, y era como una hermosa flor de la selva.

Pero he allí que el Chullachaqui se había de entrometer. Es el genio malo de la selva, con figura de hombre, pero que se diferencia en que tiene un pie humano y una pata de cabra o de venado. No hay ser más perverso. Es el azote de los indígenas y también de los trabajadores blancos que van al bosque a cortar caoba o cedro, o a cazar lagartos y anacondas para aprovechar la piel, o a extraer el caucho del árbol del mismo nombre. El Chullachaqui los ahoga en lagunas o ríos, los extravía en la intrincada inmensidad de la floresta o los ataca por medio de las fieras. Es malo cruzarse en su camino, pero resulta peor que él se cruce en el de uno.

Cierto día, el Chullachaqui pasó por las inmediaciones de la cabaña del cacique y distinguió a Nara. Verla y quedarse enamorado de ella fue todo uno. Y como puede tomar la forma del animal que se le antoja, se transformaba algunas veces en pájaro y otras en insecto para estar cerca de ella y contemplarla a su gusto sin que se alarmara.

Mas pronto se cansó y quiso llevarse consigo a Nara. Se internó entonces en la espesura, recuperó su forma y, para no presentarse desnudo, consiguió cubrirse matando a un pobre indio que estaba por allí de caza y robándole la túnica, que era larga y le ocultaba la pata de venado. Así disfrazado, se dirigió al río y cogió la canoa que un niño, a quien sus padres ordenaron recoger algunas plantas medicinales, había dejado a la orilla. Tan malo como es, no le importó la vida del indio ni tampoco la del niño, que se iba a quedar en el bosque sin poder volver. Fue bogando hasta llegar a la casa del cacique, que estaba en una

de las riberas.

—Nara, hermosa Nara, mujer del cacique Coranke —dijo mientras arribaba—, soy un viajero hambriento. Dame de comer...

La hermosa Nara le sirvió, en la mitad de una calabaza, yucas y choclos cocidos y también plátanos. Sentado a la puerta de la cabaña, comió lentamente el Chullachaqui, mirando a Nara, y después dijo:

—Hermodsa Nara, no soy un viajero hambriento, como has podido creer, y he venido únicamente por ti. Adoro tu belleza y no puedo vivir lejos de ella. Ven conmigo...

Nara le respondió:

—No puedo dejar al cacique Coranke...

Y entonces el Chullachaqui se puso a rogar y a llorar, a llorar y a rogar para que Nara se fuera con él.

—No dejaré al cacique Coranke —dijo por último Nara.

El Chullachaqui fue hacia la canoa, muy triste, muy triste, subió a ella y se perdió en la lejanía bogando río abajo.

Nara se fijó en el rastro que el visitante había dejado al caminar por la arena de la ribera y al advertir una huella de hombre y otra de venado, exclamó: «¡Es el Chullachaqui!». Pero calló el hecho al cacique Coranke, cuando éste volvió de sus correrías, para evitar que se expusiera a las iras del Malo. Y pasaron seis meses y al caer la tarde del último día de los seis meses, un potentado atracó su gran canoa frente a la cabaña. Vestía una rica túnica y se adornaba la cabeza con vistosas plumas y el cuello con grandes collares.

—Nara, hermosa Nara —dijo saliendo a tierra y mostrando mil regalos—, ya verás por esto que soy poderoso. Tengo la selva a mi merced. Ven conmigo y todo será tuyo.

Y estaban ante él todas las más bellas flores del bosque, y todos los más dulces frutos del bosque, y todos los más hermosos objetos —mantas, vasijas, hamacas, túnicas, collares de dientes y semillas— que fabrican todas las tribus del bosque. En una mano del Chullachaqui se posaba un guacamayo blanco y en la otra un paujil del color de la noche.

—Veo y sé que eres poderoso —respondió Nara, después de echar un vistazo a la huella, que confirmó sus sospechas—, pero por nada del mundo dejaré al cacique Coranke...

Entonces el Chullachaqui dio un grito y salió la anaconda del río, y dio otro grito y salió el jaguar del bosque. Y la anaconda enroscó su enorme y elástico cuerpo a un lado y el

jaguar enarcó su lomo felino al otro.

—¿Ves ahora? —dijo el Chullachaqui—, mando en toda la selva y los animales de la selva. Te haré morir si no vienes conmigo.

—No me importa —respondió Nara.

—Haré morir al cacique Coranke —replicó el Chullachaqui.

—Él preferirá morir —insistió Nara.

Entonces el Malo pensó un momento y dijo:

—Podría llevarte a la fuerza, pero no quiero que vivas triste conmigo, pues eso sería desagradable. Retornaré, como ahora, dentro de seis meses y si rehúsas acompañarme te daré el más duro castigo...

Volvió la anaconda al río y el jaguar al bosque y el Chullachaqui a la canoa, llevando todos sus regalos, muy triste, muy triste subió a ella y se perdió otra vez en la lejanía bogando río abajo.

Cuando Coranke retornó de la cacería, Nara le refirió todo, pues era imprescindible que lo hiciera, y el cacique resolvió quedarse en su casa para el tiempo en que el Chullachaqui ofreció regresar, a fin de defender a Nara y su hija.

Así lo hizo. Coranke templó su arco con nueva cuerda, aguzó mucho las flechas y estuvo rondando por los contornos de la cabaña todos esos días. Y una tarde en que Nara se hallaba en la chacra de maíz, se le presentó de improviso el Chullachaqui.

—Ven conmigo —le dijo—, es la última vez que te lo pido. Si no vienes, convertiré a tu hija en un pájaro que se quejará eternamente en el bosque y será tan arisco que nadie podrá verlo, pues el día en que sea visto, el maleficio acabará, tornando a ser humana... Ven, ven conmigo, te lo pido por última vez, si no...

Pero Nara, sobreponiéndose a la impresión que la amenaza le produjo, en vez de ir con él se puso a llamar:

—Coranke, Coranke...

El cacique llegó rápidamente con el arco en tensión y lista la buida flecha para atravesar el pecho del Chullachaqui, pero éste ya había huido desapareciendo en la espesura.

Corrieron los padres hacia el lugar donde dormía su hijita y encontraron la hamaca vacía. Y desde la rumorosa verdura de la selva les llegó por primera vez el doliente alarido: «Ay, ay, mamá», que dio nombre al ave hechizada.

Nara y Coranke envejecieron pronto y murieron de pena oyendo la voz transida de la hijita, convertida en un arisco pájaro inalcanzable aun con la mirada.

El ayaymama ha seguido cantando, sobre todo en las noches de luna, y los hombres del bosque acechan siempre la espesura con la esperanza de liberar a ese desgraciado ser humano. Y es bien triste que nadie haya logrado verlo todavía...



CIRO ALEGRÍA BAZÁN (Huamachuco, 1909 - Lima, 1967). Periodista, político y escritor peruano. Sus primeros estudios los realizó en Trujillo, donde tuvo como maestro al poeta César Vallejo. Siendo aún escolar, empezó a colaborar con medios periodísticos de dicha ciudad. Posteriormente, su intensa actividad política le valió varias estancias en prisión y su exilio a Chile en 1934.

En ese periodo escribe sus obras más significativas: *La serpiente de oro* (1935), sobre la vida de los balseros a orillas del río Marañón; *Los perros hambrientos* (1939), que presenta la lucha del hombre altoandino contra la sequía y la pobreza; y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), un gran cuadro épico de la lucha de la comunidad indígena de Rumi contra los poderes que quieren destruirla: la oligarquía terrateniente, el ejército y el Gobierno servil a los grandes intereses económicos. El uso de técnicas narrativas modernas y el aliento heroico de la composición le permiten presentar un relato-río tan variado y dramático como la vida indígena misma.

En 1948 volvió al Perú, se dedicó al periodismo y fue elegido diputado. En esta época publicó un solo libro de cuentos: *Duelo de caballeros* (1962).

La obra de Ciro Alegría representa, junto con la de su compatriota José María Arguedas, la expresión artísticamente más madura de la narrativa regionalista e indigenista latinoamericana del siglo XX. Tras su muerte, su tercera esposa, la escritora cubana Dora Varona, se dedicó a reimprimir sus obras más conocidas y a editar material inédito, como la novela corta *Siempre hay caminos* (1969); dos novelas inconclusas, *El dilema de Krause* (1969) y *Lázaro* (1973); las colecciones de relatos *Panki y el guerrero* (1968), *La ofrenda de piedra* (1969), *Siete cuentos quirománticos* (1978) y *El sol de los jaguares* (1979); y las memorias *Mucha suerte con harto palo* (1976).